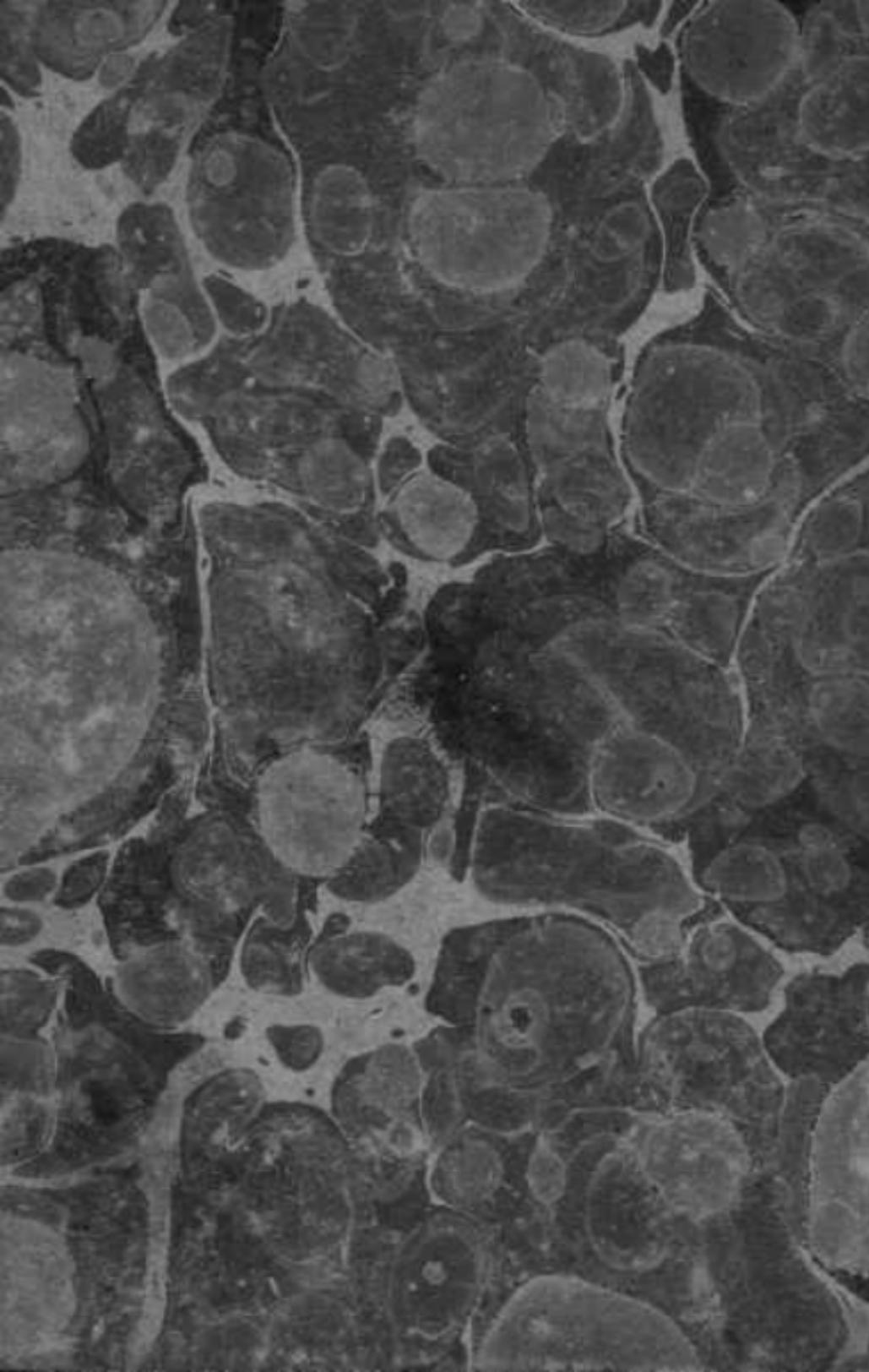
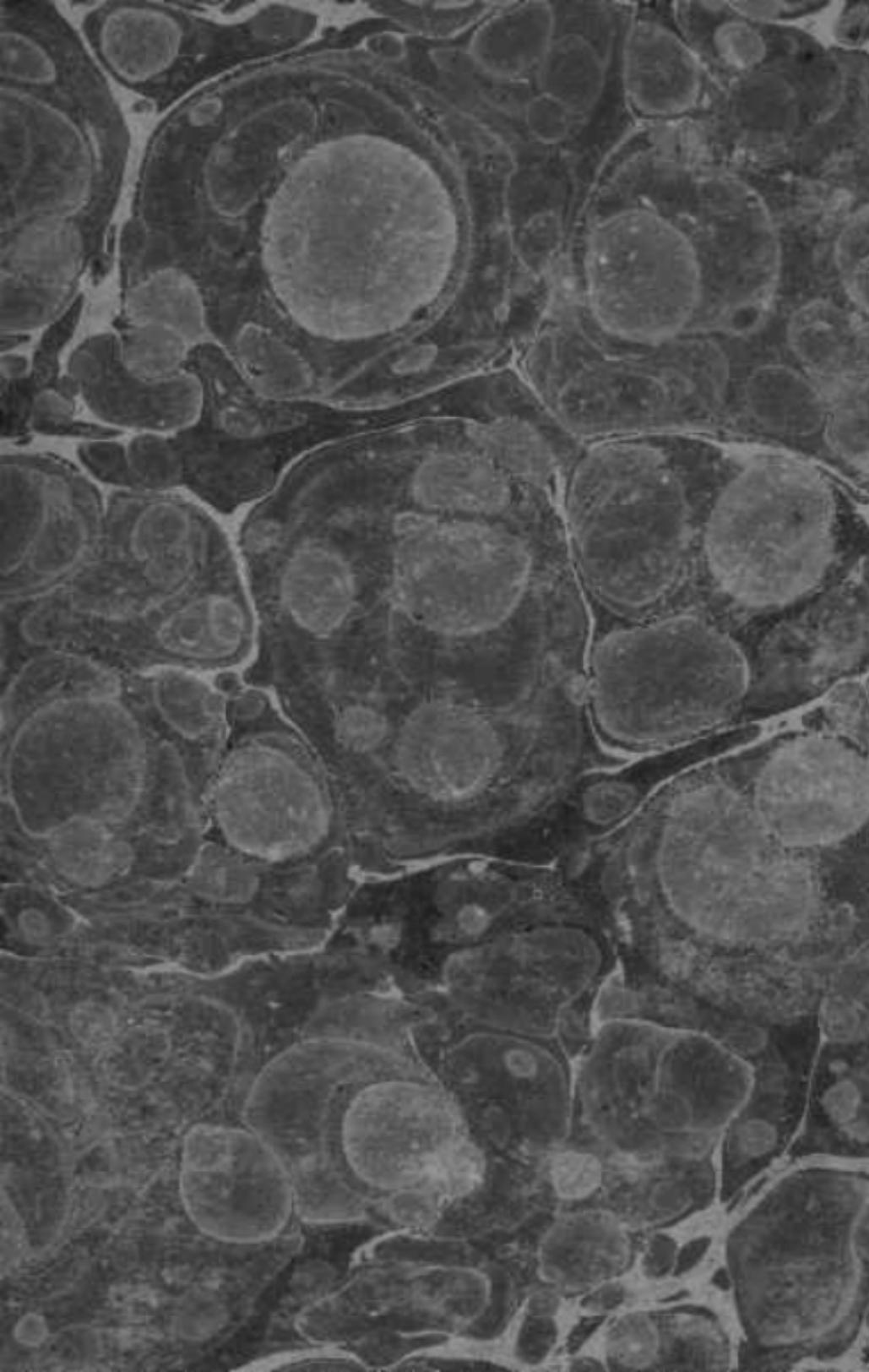


R  
55



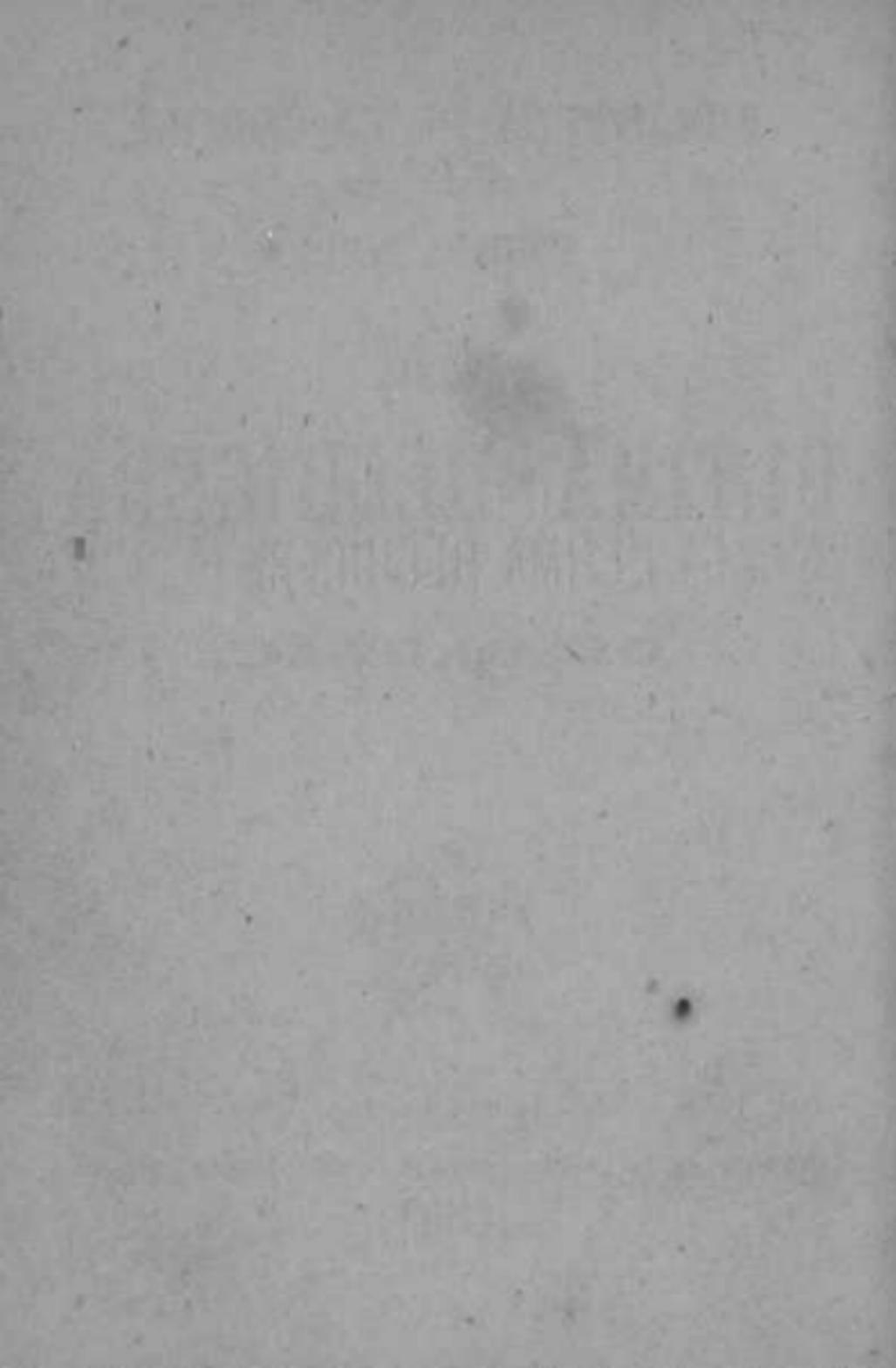


71676058

A. Rielmejs -

LA ÚLTIMA HECHICERA.

I.



**BIBLIOTECA DE LA CORONA.**

---

**SEGUNDA SERIE.**

**LA  
ÚLTIMA HECHICERA,**

POR

**DE BALZAC.**

**I.**



Fondo Bibliográfico  
D. Riera y Riera  
Biblioteca Pública de Soná

10258

**BARCELONA.**

Imprenta de la Corona, pasaje de Escudillers, núm.º 4.

**1863.**

GOVERNMENT OF THE PROVINCE

SECRET

LA

ULTIMA RECHICÓPRA

DE BALDIO



1900

LA  
ÚLTIMA HECHICERA.

---

I.

EL ALQUIMISTA.

Eranse un alquimista y su mujer, que se llevaban muy bien y vivían felices. El alquimista, ocupado siempre, con las gafas apoyadas en la nariz, en atizar el fuego de sus hornillos y en soplar á veces

todo un día con un fuelle usado y ennegrecido, no hablaba palabra, y su mujer, sentada en el laboratorio, no se quejaba ni del humo, ni del vapor del carbon, ni del olor; hablaba pocas veces, y su lenguaje favorito era la amable sonrisa que se asomaba en sus encantadores labios, cuando fatigado del trabajo se dignaba el alquimista dirigir una mirada á su querida mujer. Era hermosa y en su persona no se veía ningun detalle desagradable; pero como ambos pasaban el día entero en el laboratorio, y se miraban pocas veces y se querian entrañablemente, no pensaban en adornarse, y nadie hubiera reparado á primera vista en su belleza.

Este laboratorio tenia bastante analogía con una cueva. Las paredes hubieran podido dar treinta quintales de hollin si hubiese habido quien se tomára el traba-

jo de limpiarlas. Los vidrios de las ventanas habian conquistado un *veto* sobre la luz, á la que apenas dejaban paso; tan impregnados estaban de polvo. Por la parte exterior una risueña parra, que entapizaba la pared, habia formado en las ventanas una redecilla de entrelazados sarmientos. El piso, húmedo y siempre sucio, ofrecia singulares accidentes; de trecho en trecho se veia un círculo ó un cuadrado limpio como una plata, porque en ellos habia habido por espacio de algun tiempo varios objetos de física-química. Surcos trazados en el polvo por una escoba probaban que una mano generosa habia intentado, aunque en vano, limpiar tanta suciedad por en medio de aquel caos de enseres y muebles y cachivaches extraños. Con frecuencia se oia cantar un grillo, que se alegraba de que no se le in-

comodara en su asilo, y mas de un raton trotaba tranquilamente en aquella morada de la inocencia, de la paz, de la alquimia, sin temer las provocadoras ratoneras.

En medio de aquel monton de mesas, botellas é instrumentos, el alquimista, con la cabeza cubierta de pavesas, con el rostro inclinado sobre una retorta, y la claridad del fuego, coloreando cuanto le rodeaba, dirigia una amorosa mirada á su mujer, que á la vez trabajaba y miraba aquel laboratorio con satisfaccion..... La negra bóveda, la ausencia del sol, que solo se asomaba por el espacio que dejaba la puerta cuando estaba abierta, el aparato alquímico y un marido alquimista son cosas que no gustarian á todo el mundo; pero supuesto que el alquimista y su mujer eran felices, nadie debe censurarlos,

porque se daría márgen para pensar que la felicidad consiste en un escobazo, en la muerte de un grillo, en una telaraña ó en el rabo de un raton, cuando consiste en otra cosa muy diferente.

Una mañana de primavera habian abierto una ventana; el aire puro circulaba, y el sol, lanzando al laboratorio uno de sus mas preciosos rayos, trazaba una línea brillante en la que volaban mil y mil átomos de polvo que al parecer corrían unos en pos de otros como los enjambres de moscas encima de los riachuelos en una apacible noche de verano. Los pensamientos del alquimista eran tan numerosos y tan revoltosos como los enjambres, de modo que la suave influencia del aire les dió una direccion enteramente opuesta á la que ordinariamente los conduce al cerebro. El alquimista miró á su

mujer, que estaba sentada en un sillón carcomido, divirtiéndose en contemplar por la milésima vez las láminas del *Gabinete de las hechiceras*. La sencillez estaba dibujada en su semblante; sus cabellos de pálido oro, peinados á lo virgen, añadían una aureola de inocencia á sus ojos azules y sin malicia. Adivinó que su marido la miraba y dejó el libro. El alquimista reflexionó, durante aquel momento de expresivo silencio, que la jóven á quien hasta entonces no había enamorado mas que con sus ojos, y á quien había mirado como un agradable recreo durante su asídúo trabajo, podia no tomarse tanto interés como él por los experimentos y por los estudios que le absorbían enteramente.

Desde aquel dia prodigó los mas tiernos cuidados á aquella jóven cuya felici-

dad le habia sido confiada, y le consagró diariamente una hora entera.

Al cabo de un año tan nobles sacrificios recibieron una agradable recompensa; la mujer del alquimista dió á luz un niño hermoso como el sol.

El laboratorio fué desde aquel momento el teatro de escenas mas tiernas y mas variadas que las que acabamos de describir ligeramente; gritos infantiles resonaron en la negra bóveda, y el alquimista no lo desaprobaba. Caliban, único y antiguo criado de la casa, soltando el azadon, acudia á mirar por la ventana, procurando dar una espresion risueña á su horrible fisonomía y un eco agradable á su voz para hablar al niño. En fin, la mujer del alquimista, sentada siempre en el sillón carcomido, hacia saltar sobre sus rodillas á su hijo cubriéndole de besos tan

luego como se sonreía: escitaba su risa, y si rompía una redoma, el alquimista soltaba la carcajada sin enfadarse por la pérdida de su elixir. En fin, su esposa, esa jóven con quien se había casado por su sencillez y cortedad de conocimientos, desplegaba toda su alma en su hijo, y tenía una gracia especial siempre que de él se trataba: vivía con el aliento de aquel tierno sér que jugaba en su seno, y el feliz alquimista conocía que la naturaleza poseía crisoles mucho mas hermosos que los suyos, y un método de combinar los mistos muy superior al suyo.

Este alquimista era uno de los entes mas originales y mas sorprendentes que el sol ha calentado. Si las ideas dependen de la forma interior del cerebro, el suyo debía ofrecer el estraño aspecto de estas producciones químicas que los boticarios

responen á la curiosidad de los transeuntes, y que presentan tan brillantes cristalizaciones. Desde sus mas tiernos años no habia vivido mas que para las artes, ni se habia ocupado mas que de estudiar con calor las ciencias naturales: asi es que habia adquirido un saber profundo y sólido en la naturaleza humana, y conocia tan á fondo los resortes físicos de nuestra máquina, que con una sola mirada descubria los síntomas, la marcha y las causas de una enfermedad, y curaba al momento al doliente. Tanta perfeccion en la ciencia no se limitaba al cuerpo, se aplicaba tambien al alma, y el alquimista discernia con suma precision la causa de nuestras penas y de nuestros placeres, de nuestras pasiones y de nuestras virtudes.

Habia alcanzado la verdadera felicidad y se la habia proporcionado á su mujer ; y

conocia lo que le faltaba á tal ó cual hombre para adquirir esa misma felicidad.

Lo que prueba su estremada sabiduría y la sublimidad de su alma, es que poseyendo el secreto de la ciencia humana, vivia en su laboratorio entre un grillo, un raton, Caliban, algunas arañas, su mujer y su hijo. El alquimista hubiera podido ir á Paris, donde hubiera recogido una gran dosis de gloria; pero habia reflexionado y visto:

Que si curaba á todo el mundo, todo el mundo iria á buscarle, que no habria enfermos, y que por consiguiente serian inútiles los médicos, y que los médicos le invitarian á pasar al tercer hemisferio.

Que adivinando todos los intereses acomodaria á todos los litigantes; que los abogados imitarian á los médicos, y que su ciencia le haria correr el riesgo de caer

en manos de los procuradores, mas crueles aun que los médicos.

Que si el gobierno llegaba á descubrir que sabia hacer diamantes, le encerraria para que los hiciera continuamente, ó acaso le sacaria los ojos para que no los volviera á hacer, y en este caso le parecian los gobiernos mas crueles que los médicos y que los procuradores.

Que, en fin, el mejoramiento de la razon humana era la ruina de la sociedad, que no subsiste mas que con las locuras, las enfermedades, las necesidades, las pasiones, las comezones y las contribuciones de todos los que la componen.

Y entonces tuvo la feliz y razonable ocurrencia de comparar la gloria que hubiera podido adquirir, con el humo de su hornillo, y con las propiedades del carbon que ennegrece las manos, y cuyo humo

acaba por matar: y agarrando al dios de la felicidad por las orejas, decidió no soltarle nunca permaneciendo siempre en su cabaña.

De este modo simplificó su existencia: para no permanecer ocioso, procuró descubrir nuevos secretos, tomó un criado idiota y se casó con una mujer hermosa que no hacía nada, que nada sabía y que apenas hablaba; y decretó que, para ellos la naturaleza empezaría en la puerta de la cabaña, y concluiría en la pared del jardín. Por la noche iban á pasearse por una calle de árboles, y respiraban el aire puro del cielo: el alquimista cumplimentaba á Caliban por lo bien cuidado que tenía el jardín, y comparaba la luz misteriosa de las estrellas á la luz amorosa de los ojos de su mujer. Ella se sonreía pensando que era tan hermosa como una estrella, y ado-

raba á su marido: Caliban admiraba tanto talento; y regresaban todos á la cabaña, felices, contentos y riéndose de los hombres, á quienes el alquimista describía en continua lucha para atrapar bombas de jabon que desaparecían cuando las alcanzaban; y estos tres seres caminaban de este modo por el sendero de la vida, no teniendo tiempo para desear, porque trabajaban todo el día y dormían toda la noche. ¡Felices, mil veces felices!.....

El alquimista se felicitaba á sí mismo; imprimía de vez en cuando un beso en los labios de su mujer, que creía que todos los hombres eran alquimistas, y decía que había resuelto el gran problema, el de una vida feliz. Revolvía sus crisoles, procuraba con un ardor sin igual arrebatarse algún nuevo secreto á la naturaleza, y explicaba á su mujer lo que hacía: ella nada

comprendia, pero escuchaba con atencion, como si algo comprendiera.

Estas tres personas no tenian ninguna comunicacion con el resto de la creacion, y se trata de probar que esto podia ser; por lo que es preciso remontarnos á su vida pasada y esplicar los medios de que se valian para vivir en un retiro tan profundo.

Al lado de su cabaña florecia un jardin que al parecer se habia hecho espresamente para ellos; las legumbres crecian en él, la parra se doblaba bajo el peso de los racimos, y una fuente de pura y limpia agua regaba aquel pedazo de tierra prometida. El alquimista habia probado á su mujer (porque ella creia todo lo que su marido decia) que comiendo legumbres se apagaba el fuego de las pasiones; se alimentaban pues del producto de aquel ter-

reno, en el que dos gallinas y una vaca encontraban su sustento.

Caliban, el criado de tan feliz matrimonio, vendimiaba, segaba y trillaba los granos por medio de una máquina inventada por el alquimista; y este buen servidor no conocia otro género de vida que el de levantarse al rayar el dia, cultivar el jardin, comer sobriamente, hilar en el invierno, tejer y acostarse; habia suprimido el uso del pensamiento como ejercicio demasiado pesado, y el *non plus ultra* de su empleo era ir á pagar á casa del dómine del comun los diez y siete francos de contribucion que debia el alquimista por sus dos yugadas, su mujer, sus gallinas, su grillo, su raton, sus arañas, Caliban, la vaca, el chiquillo y un pobre perro negro, que era el amigo de la casa. De modo que el gobierno francés reunia las dos cámaras,

tenia ejércitos uniformados, equipados y armados, con capitanes, coroneles, jefes de estado mayor y pagadores, para asegurar la proteccion de sus siete inmensos ministerios y de su colosal administracion á catorce cosas bastante insignificantes, por la módica cantidad de diez y siete francos! ¿Y habrá todavía quien se queje del gravámen de las contribuciones?

La cabaña en que vivian..... ¿Qué veo? ¡Veinte páginas, gran Dios! en el siglo de hierro en que vivimos no habria quien pudiese leer un capítulo mas largo.

---

## II.

### OPINION DEL ALQUIMISTA.

---

La cabaña en que vivian estos cuatro seres, creados espresamente los unos para los otros, merece ser descrita con toda exactitud, á pesar de que es imposible referir con sobrada propiedad los detalles de un cuento de hechicera. Esta cabaña en que moraba la felicidad, estaba situada á veinte leguas de París, en uno de esos va-

lles en que la naturaleza se ha refugiado con todos sus terrores. En él se admiraba la mayor variedad en el terreno, árboles elegantes, risueñas praderas y cristalinos riachuelos; aquí se veía una verde viña, allá una agreste cabaña, mas lejos un molino con su sonora cascada; y muchas veces se oía en el seno del paisaje el eco de la voz pura de una joven cantando sin arte, alguna cándida canción; y uniéndose entonces el monótono ritornelo á los acentos de la flauta pastoril, añadía á las delicias de la naturaleza el encanto de la melancolía, que únicamente procede del hombre: en fin, era un valle tan risueño, tan estraviado, tan lejos de todas las ciudades, que todos los ministros desgraciados hubiesen querido vivir en él durante los primeros momentos de su caída.

Como el alquimista solo ofrecía á los la-

drones libros científicos, carbon, retortas, botellitas y tinta, habia podido, sin exponerse á peligro alguno, establecerse en la cabaña que estaba situada en la pendiente de una hermosa colina, y que se hallaba á bastante distancia de la vecina aldea. El alquimista dejaba siempre la puerta abierta, y este último rasgo completa admirablemente la pintura de sus sencillas costumbres. La cabaña estaba colocada de modo que la chimenea se hallaba al nivel de la cima de la colina encima de la que superaba un inmenso bosque del que el alquimista sacaba el carbon y los preciosos ingredientes que necesitaba.

Cualquiera que haya viajado un poco sabe que en Francia hay sitios apartados, aldeas sumergidas en la tierra distantes de los caminos, en las que se vive en una profunda ignorancia de las cosas de este

mundo, en las que solo se tiene noticia de las revoluciones del mundo político por el cambio de las armas que están grabadas en los certificados del dómine, ó en la muestra del estanco, muestra que, entre paréntesis, contiene la historia de los 30 años últimos, escrita en seis capas de diferentes colores; aldeas, en fin, en las que los que no pagan contribuciones, ni toman tabaco, viven y mueren sin saber quién es el mortal que gobierna, en las que nunca se oirá hablar del *Paraguay-Roux*, ni de la pasta *Pectoral de Renault*, ni de *Lord Byron* ni del *gas hidrógeno*, ni de los maragistos, ni de las duquesas, ni de los aguadores. Esto es una desgracia para los soberanos, directores de teatros, poetas, especuladores, y sobre todo para las duquesas; pero al fin es la verdad, y esta observación luminosa no tiene mas objeto que el de ad-

vertir que la aldea que se hallaba á un cuarto de legua de la habitacion del alquimista era una de esas aldeas privilegiadas que acabamos de describir.

¡Pero eso aun no es nada!... La habitacion del alquimista estaba rodeada por otro cordon sanitario de ignorancia tanto mas dificil de pasar, cuanto que habia sido establecido por la supersticion y por el sacristan de la aldea. Para conocer su importancia es preciso remontarse á la época de la llegada del alquimista á aquella comarca.

Era de noche, noche bastante oscura, porque la luna rodaba entre apiñadas y gruesas nubes negras: era sábado, dia de aquelarre, y el último sábado del mes de diciembre, época siniestra. Caliban conducia por la brida un mal caballo flaco que se parecia al del Apocalipsis, al que se

cuentan los huesos y que lleva la muerte: este caballo arrastraba una carreta descubierta en la que se veía un mundo de matracas, retortas, instrumentos de física, semicírculos, círculos enteros, botellas, gafas, hornillos, etc.; y del seno de esta carga alquímica se elevaba el alquimista en persona, cubierta la cabeza con una gorra de piel de oso; llevaba anteojos, y con las dos manos sujetaba sus libros y sus ingredientes. El viento de invierno silbaba, y mas de una branca de árbol caía sobre los techos de rastrojo, produciendo un ruido que hacia estrechar el círculo de los que velaban, alrededor del fuego escuchando los cuentos de una vieja cuyo semblante se asemejaba bastante á una pasa. La tierra, que estaba cubierta de nieve, no permitió oír las pisadas del caballo y de Caliban, ni el ruido de la infernal carreta,

de modo que se creyó, al ver pasar tan espantoso cortejo á través de los malos vidrios llenos de defectos, que bailaba en los aires. La campana que tocaba en aquel momento á muerto, los cuentos aterradores de las abuelas, el miedo, los juramentos de Caliban, los silbidos de la tempestad, la luz ensangrentada de la luna que daba á tan original espectáculo el aire de un entierro diabólico, todo contribuyó á sembrar el terror de tal suerte que el mismo que habia vendido la cabaña y el cercado al alquimista dió un baño de vinagre á los escudos, y no pudo tampoco hacerlos correr mas que en la ciudad inmediata, á donde fué por la primera vez de su vida.

Todo esto no hubiera tenido consecuencias, si algun tiempo despues se hubiese visto al alquimista pasearse como una per-

sona natural, ir al mercado, beber en la taberna y fumar en pipa; pero nada de esto sucedió.

Arriesgáronse entonces (porque la curiosidad es igual en todas partes) á examinar lo que pasaba en casa del enviado del demonio. No se veía salir á nadie de ella, y parecía que todos sus moradores habían muerto: únicamente un abundante y negro humo se agitaba encima de la enorme chimenea de la cabaña, y de esto se deducía que Satanás había establecido en aquel sitio un respiradero del infierno, tanto mas, cuanto que el alquimista había alargado y ensanchado la chimenea, de modo que un ginete con su lanza, su banderola, su caballo, su carabina y sus bigotes hubiera podido pasar por ella sin que se le manchára la escarapela de su chacó. Ciertamente, al ver tan descomunal

chimenea, ocupada continuamente en vomitar olas de humo, el aldeano mas impasible debia deducir de ello cosas siniestras: otros hubiesen estrañado acaso que no despidiera humo, pero en la aldea, y sobre todo en una aldea ignorante, se procede de muy distinto modo que en las demás partes.

Lo que completó el terror y acabó de construir una muralla impenetrable entre la cabaña y la aldea, fué la relacion del sacristan. Este último, que era al poder sacerdotal lo que un escribiente de escribano es á la justicia, se arriesgó á pasar una tarde por delante de la habitacion. El sacristan, hombre interesante en la aldea (porque sabia calcular y leia de corrido), el sacristan, que la echaba de guapo, vió al horroroso Caliban sentado en un peñasco cubierto de moho y jugando con su

querido perro negro que apoyaba su traviesa é inteligente cabeza en la cara del criado, cuya nariz estaba retorcida y cuyos gruesos labios dejaban entrever dos dientes como paletas. El alquimista tenia la cara negra como un tizon : estaba vestido grotescamente , como todos los sábios ocupados, acariciaba su larga barba negra con sus afiladas manos semejantes á las de un comadron, y la mujer del alquimista apoyaba su hermosa cabeza, brillante de amor, en el hombro de su marido, confundiendo el oro de sus rubios cabellos con los abundantes bucles de la cabellera de azabache del alquimista ; sus blancas y delicadas manos colocadas alrededor del cuello de su esposo, indicaban que queria impedir la meditacion en que estaba sumergido, y que deseaba una mirada de cariño. El sol de poniente esparcia sobre es-

te grupo una tinta bermejiza, que hizo creer al sacristan que la cabaña era el pórtico del infierno. Se acordó de lo que se dice de la tentacion de S. Antonio, y Caliban le pareció un descomunal mico sentado en una inmensa tortuga; su perro fué un demonio con cuernos; una peña cubierta de moho verde el sapo que saltaba en el cántaro del santo; la bella mitad del alquimista fué la linda ciudadana del infierno, que con manos de amor, rostro celestial y ojos de cortesana queria atraer al justificado varon; en fin, el alquimista le pareció el jefe de los demonios, rodeado de serpientes, y el azadon de Caliban su arrejaque. Pero trastornaron sobre todo los sentidos del sacristan el alboroto que traian el grillo, la gallina, la vaca y el perro, las risotadas del alquimista y su mujer, y los juramentos de Caliban porque el perro le

habia mordido la oreja. El sacristan tuvo un miedo cerval, y emprendió la fuga creyendo que mil hornadas de demonios le iban pisando los talones: contó en todas partes que habia corrido el mayor peligro, y que seria una locura ir á la colina donde vivia el alquimista, ó por mejor decir el demonio.

En los tiempos de supersticion en los que se quemaba á las jóvenes que tenian la pesadilla pretendiendo que eran víctimas de un *maleficio*, se han visto cosas menos sorprendentes que la relacion del sacristan. La ignorante aldea creyó cuanto dijo el sacristan, y desde entonces se miró á la cabaña con asombrosa curiosidad; por lo que se estableció una doble barrera de ignorancia y temor que servia de circuito á la aldea y á la dichosa cabaña, la que, como ya se ha

dicho, estaba separada del resto de la creación.

Volvamos, pues, al alquimista y á su amable é ignorante consorte, á Caliban el idiota y al tierno Abel, al grillo, al raton, etc.

Cuando Abel creció, jugó con el perro, introdujo con frecuencia sus delicados dedos en el agujero del grillo y atormentó al raton; pero todos estos animalillos no se enfadaron, tanto mas cuanto que habiendo Abel cogido un dia al grillo, le hizo comprender su madre que no debia lastimarle... ¡ Ah! con palabras bien sentidas le esplicó la pobre madre lo que ella sufriria si hicieran daño á su Abel; y el gracioso niño dió libertad á su prisionero y le miró marchar, asomando en sus rosados labios la dulce sonrisa de los ángeles. Al ver este cuadro, que parecerá á algunos demasia-

do cándido, abandonó el alquimista sus hornillos, dejó que se evaporára uno de los mas hermosos flúidos que se han descubierto, y, sentándose en un escaño, se puso á jugar con su hijo; y Caliban, apoyando el cuerpo en su azadon, pensó en el casamiento...

Abel no gastó mantillas; sus delicados miembros se desarrollaron libremente; rodaba en el laboratorio haciendo estremecer á su madre cada vez que tropezaba con botellas, venenos y ácidos; pero Abel la tranquilizaba esforzando su tierna voz: ¡Miro lo que hago, mamá!... y confundia los innumerables bucles de su hermosa cabellera negra con las telarañas, se manchaba la cara con carbon, saltaba encima de los hornillos, todo lo queria probar, todo lo queria tocar, reia y jugueteaba sin pesares y sin que nadie le contradijera; y

la naturaleza se sonreía al ver el cuadro divino que presentaba el laboratorio, en el que ella reinaba como soberana.

Pero ¿quién podrá espresar la alegría, las delicias, los brincos de Abel, cuando su madre, abriendo un volúmen del *gabinete de las hechiceras*, le enseñaba las estampas? Desplegaba toda la fuerza de sus hermosos ojos negros, húmedos con el jugo de la infancia, y parecía un niño Jesus de Rafael, cuando pegado á su madre, que tenía aun todo el aspecto de una Virgen pura, admiraba *Serpentin verde Graciosa*, y *Percinet*, el *Pájaro azul* y la *Hechicera Tristona*; pero el grabado mas hermoso, el que mas le estaba, era el de la aparición de la *Hechicera Abricotina*.

La figura de Abel anunciaba la mas delicada finura y la mas pura inocencia conciliadas en un carácter cariñoso, amable,

amoroso y valiente, de modo que á los diez y ocho años hubiera podido ser el paje mas hermoso que hubiese pisado nunca los salones de una princesa; pero el alquimista habia formado acerca de su hijo mil proyectos á cual mas caprichoso, que debian impedirle la entrada para siempre en la corte de un príncipe.

Este grande hombre, ocupado siempre en meditar y en buscar, habia logrado encontrar: sus reflexiones le enseñaron que existian para el hombre social muchos mas males que bienes. Pretendia que Adan y Eva habian sido felices en el paraíso porque habian vivido en la ignorancia, y que esta figura de la Biblia nos trazaba el camino de la felicidad: que la civilizacion proporciona, es cierto, goces sorprendentes, pero que los deseos y las penas que ocasiona son tan crueles, como son vivos

los placeres con que se engalana; que en el estado de la naturaleza no se conocia al menos ningun mal, que se ignoraba la existencia de los placeres; y en fin, que se gozaba poco, pero que este poco era puro como el agua que sale del manantial.

Esta doctrina le habia conducido á la cabaña en la que su mujer, Caliban y él llevaban una vida exenta de lágrimas, una vida rústica, larga y hasta poética. El amor, el agradecimiento, la benevolencia y un ligero trabajo llenaban sus almas, y la dulce alianza de todo lo que la naturaleza presenta al hombre, unida á los mas sencillos sentimientos, constituia su código.

Las legumbres adornaban su mesa, la luz del cielo era la suya, el agua pura los desalteraba, y sus vestidos eran modestos: Caliban se encontraba allí como un humil-

de amigo cuyo corazón no concebía más que una idea, el agradecimiento del perro y su interesante fidelidad, su obediencia sin murmurar y su pacífica docilidad. ¿Qué les faltaba? el alquimista adoraba á su mujer, la mujer adoraba á su marido, eran dos almas en un cuerpo. ¡Cuántas mujeres trocarían sus palacios, diamantes, adornos, etc., por el vestido de percal de la alquimista, por la cabaña y por lo demás, como dice La Fontaine!

El alquimista, satisfecho de su ensayo, había decretado que su querido Abel sería educado en tales principios; que se dejaría desarrollar su corazón lo mismo que su hermoso cuerpo, como mejor pareciera á la indulgente naturaleza; que no se le atormentaría para enseñarle funestas ciencias. Su madre, su cariñosa madre, que se miraba en él, su padre, que no le amaba me-

nos, aunque con mas gravedad, Caliban y el perro, eran los únicos séres que debia conocer; la cabaña debia ser para él el universo, y el jardin toda la naturaleza; y en cuanto á sus juegos, algunas chinas y un poco de barro bastarian para entretenerlo mucho tiempo. Por medio de este *oscurantismo* razonado, y acaso razonable, habia el alquimista simplificado extraordinariamente la educacion.

Su dichoso hijo no se quejaba nunca; la inocente risa de la infancia jugueteaba siempre en sus labios; sus gestos y sus palabras no esperimentaban tampoco ninguna traba, y el alquimista contestaba sumamente complacido á todas las preguntas curiosas de su hijo, pero de modo que hacia prevalecer siempre el principio sobre el que descansaba la vida futura de su querido Abel. Se lisonjeaba tanto del

éxito, cuanto que, dándole su ciencia la esperanza de llegar á una edad muy avanzada, tendria tiempo de hacer á su hijo filósofo como él. La madre, persuadida de que su marido era una viva imágen de Dios, pensaba que de ningun modo podia obrar mejor que conformándose con sus deseos; además, no habia en ella bastante fuerza de raciocinio para encontrar objeciones, ni bastante determinacion para expresarlas. Mostraba, pues, una sumision perfecta y sincera no pensando mas que en su hijo, pareciéndole todo bien, y creyendo como artículo de fe cuanto le decia su marido: Como mujer, tenia razon; como madre la tenia tambien; porque vivia tranquila y feliz, y como debia esta felicidad á su alquimista, decia naturalmente para sí: «Gracias á él, mi hijo será feliz como yo lo soy.»

Sin embargo, el buen alquimista, como verdadero sábio, trató de prever cuanto podia suceder, y reveló á su mujer que habia enterrado debajo de la chimenea de su laboratorio un talisman contra todos los trabajos que pudieran asaltarla, tanto á ella como á su hijo, si él, su protector, les llegase á faltar; pero le advirtió que no debia levantar la piedra hasta el momento en que fuese á abandonar la cabaña para ir á otra parte. Y despues de haber reunido todos sus libros en un mismo sitio y arreglado muy simétricamente sus redomas, sus instrumentos, sus botellas, sus retortas, dejó de concentrar en la alquimia toda su existencia. Continuaron sin embargo habitando en el laboratorio, en el que el alquimista habia colocado la cama de Abel á fin de tenerle siempre á la vista.

Todo esto se hacia insensiblemente, por-

que los acontecimientos en esta tranquila colonia eran poco rápidos. Abel, verdadero hijo de la naturaleza, habia crecido y rayaba ya en los quince años; el alquimista tenia entonces cincuenta y la madre cuarenta. El padre, nevada la cabeza (porque el estudio y la aplicacion produjeron este efecto anticipándose á la edad), el padre consagraba todo su tiempo en mantener á Abel en el camino que le habia trazado, y solo se ocupaba de la alquimia para cubrir los gastos ocasionados por su querido hijo. La tradicion acerca de la cabaña del demonio protegía á sus habitantes; ningun incidente siniestro turbaba su felicidad.

---

### III.

#### EL BUEN ALQUIMISTA MUERE.

---

El tiempo que ha transcurrido entre el cuadro que presenta el laboratorio del primer capítulo y la época de que vamos á ocuparnos ha debido producir cambios que exigen otra descripción.

En invierno no se acostaban con sol los habitantes de la cabaña; á las cinco de la tarde Caliban encendía una lámpara llena

de aceite fabricado por el alquimista. Este último se sentaba en el sillón carcomido; su mujer lo hacía en un escaño, Caliban limpiaba los granos en un extremo de la mesa y cerrábase la puerta. El anciano, con la cabeza nevada y cuyo rostro amarillento estaba cargado de arrugas que la luz de la lámpara pronunciaba más y más, tenía en la mano el *Gabinete de las hechiceras*, y seducido por las súplicas de un hermoso joven, había accedido á enseñarle á leer en aquel libro cuyas estampas habían hecho el encanto de su infancia.

La madre escuchaba deletrear á su hijo, como si fuera la música de los ángeles el fastidioso tonillo con que lo hacía; había aprendido á bordar y adornaba el cuello de la camisa de su hijo con un festón que el padre había dibujado con tinta azul; ó bien cosía en un vestido de la edad media

que habia logrado copiar de una estampa del *Principe encantador*. Como en aquella época se llevaba en París levitas cortas y pantalones con pliegues en la cintura y atados por abajo como los de los turcos, este vestido no era ridículo y con él estaba Abel mil veces mas hermoso que *Percinet*, el amante de *Graciosa*. En efecto, entre la alquimista y su marido, estaba respetuosamente de pié un jóven de 16 años; era bastante alto, muy proporcionado, sus formas muy finas y sumamente elegantes; sus ojos llenos de fuego respiraban el candor y la inocencia, su frente pura como la de Diana y blanca como el marfil, hacia resaltar el azabache de sus cabellos, que caia en bucles sobre su nevado cuello.

Su rostro tenia esa flor de juventud, esa viveza de color, esas suaves facciones, ese aire virginal, ese gracioso orgullo que

realiza á nuestros ojos la idea que nos hemos formado de los jóvenes griegos ó de los ángeles; sus ojos rasgados y guarnecidos de largos párpados solo se apartaban del libro que ojeaba para solicitar una dulce mirada de su madre, y muchas veces, cuando habia leído una frase entera, daba un beso al anciano en la frente.

Caliban dejaba muchas veces su trabajo para mirar á hurtadillas esta obra maestra de la naturaleza, al ídolo de su madre; y todo al parecer sonreía este grupo de virtud que se encontraba debajo de la negra bóveda y en medio de los hornillos del laboratorio alquímico, como un ramo de flores silvestres abiertas en un antro lleno de malezas.

Abel cuando niño habia cifrado toda su alegría en ver las estampas de los cuentos de hechiceras; á la edad de diez y seis años

empezaba á leerlos, y estas mágicas aventuras eran el objeto de todas sus meditaciones. Su ignorancia y su inocencia contribuyeron á hacerle creer en la existencia de estas encantadoras criaturas que se conocen con el nombre de hechiceras... porque no concibió nunca la idea de dejar en duda la veracidad de los historiadores; esta risueña mitología de los tiempos modernos estaba por otra parte tan en armonía con su alma tierna y propensa á la religion del misterio, que se le hubiera afligido extraordinariamente si se hubiese desengañado. Estaba tan íntimamente persuadido de la realidad de los cuentos de hechiceras y de las brillantes invenciones del Oriente, que nunca se le ocurría hacer la menor pregunta acerca de este particular.

Así pues ayudar á su padre en sus tra-

bajos químicos, ayudar á Caliban en el cultivo del jardín , pasear con el alquimista por el bosque, por la noche leer á la familia los delirios de las *Mil y una noches*, etc., fué el sistema de vida que siguió por espacio de tres años. Su inocencia, su bondad de corazón, la escelencia de sus bellas cualidades, se desplegaron; y el buen alquimista se felicitaba con su mujer al ver que este hijo, su alegría y su felicidad, se acomodaria á vivir como ellos en aquella modesta habitacion , en compañía de una mujer bonita y de algun otro Caliban.

Pero el hombre propone y Dios dispone: en efecto, un dia que el alquimista trabajaba en sus hornillos, su hijo y su mujer le dejaron solo y cerraron la puerta del laboratorio. El anciano, que estaba ya próximo á descubrir el secreto de hacer oro, habia pasado muchas noches en vela: dur-

mióse sucumbiendo al cansancio, y el vapor deletéreo del carbon le ahogó. Cuando la alquimista y Abel regresaron de su paseo por el bosque, encontraron á Caliban que se deshacia en lágrimas puesto de rodillas delante de su amo. Su mujer permaneció en la misma postura, Abel trató de levantar á su padre, pero le encontró frio; colocó entonces la cabeza del anciano encima de sus rodillas, y procuró volverle á la vida á fuerza de besos. En fin, comprendió la idea de la muerte y cubrió de lágrimas el inanimado cuerpo de su padre. El alquimista tenia aun grabada en su rostro aquella amabilidad que habia formado el encanto de su vida y la de los que le rodearon.

Cuando la noche llegó, á la dulce claridad de la luna, los tres habitantes de la cabaña colocaron el cuerpo de su amigo

en una sepultura que Caliban abrió llorando; y la aurora sorprendió al grupo arrodillado delante de un ribazo cubierto de césped. No habian aun pronunciado una sola palabra, y el silencio solo fué turbado por el apacible concierto de los pájaros.

—¡Nos anuncian, dijo entonces Abel, que el alma de mi padre ha subido al cielo!... pero ha pasado por las flores que cubren su tumba.

—¿Lo crees tú así, hijo mio? preguntó la madre, mirando sucesivamente ya á Abel, ya á la tumba.

—Mucho que sí, dijo Abel.

—¡Ah, déjame pensar, añadió, que ella vive en tí!... Y deslizándose una dulce esperanza en su desconsolado corazon, reclinó la cabeza en el hombro de su hijo. Caliban, que nada comprendia, no apartaba

la vista de la tumba de su adorado amo ; y lejos de sentir que estuviesen en ella sumergidas todas las ciencias, solo veia una cosa en aquella silenciosa y postrera morada, á su amo, es decir, su propia existencia.

Los tres habitantes de la cabaña entraron silenciosos en el laboratorio, cuyos muebles les recordaban uno por uno á su querido alquimista : encontraron cierto consuelo en estos recuerdos, pero por mucho tiempo ofreció aquel interior la imagen del dolor pintada en el cuadro del *regreso de Sextus* : muchas veces la madre y el hijo permanecieron ociosos mirando el hornillo, y Caliban lloró encendiendo la lámpara, porque el aceite que el alquimista habia hecho tocaba á su fin, y se acordaba de que ya no podia fabricarles mas.

Mucho tiempo despues de esta época de pena, grabó el jóven Abel en la tumba del alquimista las siguientes palabras que el genio oriental que vivia en su imaginacion le dictó seguramente :

« Como la jóven que, en las márgenes del Ganges, consulta el porvenir de sus amores, entregando á la corriente del rio una ligera barca compuesta de hojas de palmera, y sigue con los ojos la luz que en ella ha colocado, habíamos nosotros cargado una débil barquilla con todas nuestras esperanzas, pero el rio la ha sumergido.»

Un año despues, Abel no tuvo que cambiar mas que unas palabras á su epitafio; porque la viuda del alquimista no tuvo bastante amor á su hijo para soportar la vida, y fué enterrada al lado de su fiel compañero.

Abel desconsolado no abrió ya el *Gabinete de las Hechiceras*, y no conoció en el universo mas que el laboratorio en el que habia jugado con su padre y su querida madre; salia á la caída de la tarde, é iba cabizbajo á sentarse al pié de un sauce á llorar al lado de la sepultura: Caliban no hablaba palabra, pero respiraba embelesado los suaves perfumes de las flores que el céfiro balanceaba ligeramente sobre las dos tumbas, creyendo respirar las almas de sus amos; y la estrella de la noche los sorprendia con frecuencia en una sombría enajenacion. Abel, el hijo de la naturaleza, se complacia en su pesar, sin procurar disiparle como el hijo de las ciudades; y muchas veces, cuando su corazon se hallaba demasiado oprimido y no podia contener la aglomeracion de pensamientos vírgenes y puros que se habian apoderado

de su casta imaginacion, hablaba á Caliban con la poética energía del salvaje :

—Escucha, decia : su vida era la nuestra; y una vez que ellos no existen, ¿por qué no morimos nosotros?

Este jardin está desierto, ya no me gustan estas flores; la luna que en otro tiempo me sonreia, se oculta en las nubes, sin que yo eche de menos su luz, y solo me gusta el ruido armonioso del viento del bosque, porque me trae de cuando en cuando sus voces que me hablan desde lo alto de los cielos.

Cultivemos estas rosas que nacen de sus cenizas, y cuyo olor es su alma; este lirio será mi madre y esta odorífera lila será mi padre, cuya ciencia y talento se exhalan en perfumes.

Caliban comprendia este canto de dolor, y si algun pájaro cantaba, le ahuyentaba,

porque su alegría los importunaba á ambos. Así es que estas dos almas inocentes se confundían siempre en la misma enajenación, en los mismos pesares. Eran cristianos sin saberlo.

Una noche dijo Caliban á Abel :

—Abel, la tempestad encorva la flor, pero vuelve á levantarse.

—Las hay que se tronchan, contestó el jóven.

Caliban no pudo contestar, pero lloró...

Estos dos seres permanecieron por mucho tiempo sin ideas, sin conocimientos, sin socorros, en medio del mundo y como en una isla desierta que el Océano rodeára por todas partes. Sin embargo, al cabo de algunos meses Abel volvió á leer sus cuentos de hechiceras; pero pronto se limitó á leer solo por las mañanas, porque Caliban le advirtió que gastaba el aceite

fabricado por su padre, y que era preciso economizarle para que les durase toda la vida.

Calibán escuchaba los cuentos y ambos se recreaban recíprocamente comunicándose su opinion acerca de la naturaleza de las hechiceras. En fin, Abel acabó por desear ver una hechicera, y no sabia cómo gobernárselas para invocar á una; leía, y volvía á leer, y veía siempre que las hechiceras se presentaban espontáneamente cuando uno era desgraciado, y decia á Calibán : ¿Por qué no hemos visto ya las hechiceras? ¡Ah! exclamaba, adivino... Mi padre era un genio, mi madre una hechicera, y... nos han abandonado... ellos volverán...

Desde este dia nació la esperanza en su corazon; estaba alegre como cuando jugueteaba sobre el seno de su madre, á

quien llamaba la hechicera *Buena*, y muchas veces entraba en deseos de levantar la piedra de la chimenea; pero acordándose de que su madre le habia dicho que para hacerlo era preciso que fuese desgraciado y que estuviese pronto á ir á habitar en otra parte, no se hallaba con bastante resolucion para abandonar la cabaña de su padre; no se atrevia á alterar nada de lo que se hallaba en el laboratorio, y todo siguió en el mismo estado en que el alquimista lo habia dejado. El culto de los hijos de la naturaleza para los objetos de su veneracion está lleno de graciosas investigaciones, y su dolor es mas noble que el que se manifiesta por medio del traje : el luto del alma es la *religion* de la *pena*, el del cuerpo es una *devocion*.

—Estoy persuadido, decia Abel á Caliban mirando la chimenea con ansiosa cu-

riosidad, de que ahí debajo está la entrada de un palacio subterráneo, como el jardín en que Aladin ha tomado su lámpara; que las gradas son de zafiro, las columnas de diamante, la fruta de oro, que las granadas están llenas de granos de rubí, que al sacudirse las rosas se desprende de ellas una lluvia de oro y plata, y que una hechicera con su varita ocupa un trono de nácar, y que es hermosa como una mañana de primavera; está rodeada de pintados pájaros; tiene un carro tirado por palomas y me enseñará á mi padre y á mi madre...

—Pero Abel, decia Caliban, tú hablas como un libro...

Curioso espectáculo era ver á este viejo y disforme criado al lado de Abel, cuyas formas, belleza, seductoras miradas y desordenada cabellera daban la idea de un

ángel hablando con un genio infernal. Muchas veces decia Abel á Caliban:—Tú eres feo, Caliban, porque no eres hijo de hechicera como yo. La flor se sonrosea y se marchita; el ruiseñor muere despues de haber cantado; muchas veces un huracan arranca de raiz nuestros rosales; el otro dia cayó una encina mas alta que yo.— Pero yo no cambio; mi voz resuena, mi mejilla se enciende, mis ojos brillan y permanezco hermoso, porque soy hijo de hechicera...

—Es verdad, decia Caliban; pero yo soy de Mans.

—¿Qué es Mans? preguntaba Abel.

—Es un sitio en que hay mucha gente y autoridades; es una ciudad.

—¿Una ciudad como la de nuestros cuentos? ¿hay príncipes, mandarines, princezas?

—Y pollas, añadió Caliban.

En tal estado se hallaba Abel á la edad de diez y ocho años: todas sus ideas se hallaban concentradas en el *Gabinete de las hechiceras*; su vida era enteramente contemplativa y meditabunda, y la fuerza de su rica imaginacion y de su alma oriental se ocupaba siempre de sêres quiméricos: su lenguaje estaba lleno de imágenes y comparaciones orientales, y su inteligencia estaba dominada por todas sus supersticiones.

Sin embargo, la aldea que veía con frecuencia sin desear ir á ella, porque su padre se lo habia prohibido, y porque además no queria tener trato con los hombres, la aldea habia sufrido grandes cambios respecto á la idea que se tenia formada de la cabaña del demonio. Cuando se supo la muerte del alquimista y la de su mujer,

empezó á disminuir el terror que la cabaña de la Colina inspiraba, y no se vió salir humo de la terrible chimenea, y este cambio produjo mucho efecto. En fin, poco tiempo despues los jóvenes que habian ido al ejército volvieron licenciados y trataron de *reclutas* á los que decian que el demonio habia habitado en el país. Avergonzáronse entonces de creer que habia peligro en acercarse á la cabaña del alquimista, y Jacobo Bontemps, sargento primero de coraceros de la guardia, les probó que el sacristan era un estúpido, pero que su hija Catalina no tenia igual en el mundo, y que cuando uno habia estado en Moscou, en España y en Egipto, ó habia sufrido un pícaro sol que secaba la mollera, estaba en disposicion de poder dar su parecer acerca de los estúpidos y de las jóvenes.

En esta época es cuando empieza realmente la historia que contamos, y lo que precede se halla en la categoría de lo que el espectador debe saber cuando se levanta el telon; y en este momento el telon se levanta.

---

#### IV.

#### UNA HECHICERA.

---

La última parte del capítulo anterior nos ha dado á conocer á Jacobo Bontemps y á Catalina, hija del sacristan.

Ahora es preciso que se sepa que Grandvani, el sacristan, era todo un hombre; dejó de ser sacristan y fué nombrado alcalde, y era el mas rico de la aldea, porque fué

bastante sensato para comprar los bienes de la iglesia durante la revolucion, á fin de que, segun decia, no salieran de manos del clero. Añadia que el fuego del cielo no descenderia sobre él aunque comprador, porque tenia buenas intenciones, pero *in petto*, se prometia disfrutar completamente de los mencionados bienes. Fácil es de concebir que el sacristan, habiendo comprado mucho por poco, podia estar muy acomodado veinte años despues. Su hija Catalina era la mas hermosa de la aldea, al mismo tiempo que era la mas rica, y por consiguiente no es de estrañar que continuamente estuviese rodeada de mil pretendientes.

Jacobo Bontemps era un veterano licenciado sin sueldo, porque no tenia veinte años de servicio, y se comia el resto de sus ahorros para mantenerse con lujo y

casarse con Catalina. Habia escrito á uno de sus antiguos compañeros, que era mozo de escritorio en el ministerio de Hacienda, á fin de que intrigase y le sacase la plaza de dómine del comun, en atencion á que el que la desempeñaba *era algo arrimado á la cola*, espresion literalmente sacada de su carta. Esperaba casarse con Catalina si lograba desposeer al dómine, y nada omitia para conseguir su objeto.

Este sargento era el mejor muchacho del mundo, habia ganado la cruz de la legion de honor en Austerlitz ; pero, de vuelta á su país, quiso sostener su cinta encarnada con sus discursos, y se atribuyó un crédito que no tenia. Digámoslo de una vez : Jacobo Bontemps era un poco hablador ; pero digamos tambien, para su justificacion, que insensiblemente le habia hecho incurrir en esa falta el deseo de ensalzar

la gloria de la Francia, y el ascendiente que tenían los valientes como él sobre los demás hombres, pero sobre todo para hacer creer al alcalde que en él tendría un yerno poderoso; si á eso se añade una imaginacion natural para los pormenores, se le disimulará muy fácilmente.

No tenia el menor escrúpulo en disminuir el número de nuestros regimientos en Bautzen y aumentar el de los enemigos, en decir que habia entrado con quince coraceros y el general Lasalle en Stettin y que con treinta sablazos y un galope se habian apoderado de la ciudad. Los aldeanos, colocados en semicírculo, aguzaban el oido y abrian tanto ojo cuando el sargento les contaba que, muchas veces, un tamborcillo cualquiera, sin mas armas que sus palillos, se introducía en las avanzadas enemigas, y volvía con quince cosa-

cos con sus correspondientes caballos, bridas, lanzas, caparazones y todos los demás adinículos.

Decia tambien que era frecuente saltar por una tronera, mientras que el cañon retrocedia despues de haber arrojado la metralla, y que mas de una vez se habian apoderado entre cinco de una maldita bateria que contrariaba las operaciones del Emperador; y retorciéndose los bigotes, añadia quitando la ceniza á la pipa y meneando la cabeza : ¡De ese modo se gana la cruz!... Y si alguno de sus camaradas le objetaba desde un rincon, que era un acto de valor que solo se podia emprender teniendo por ausiliar al demonio, Bontemps dirigiéndole una mirada de amo, le replicaba : ¡No chochees!... El otro, al oir tan grave consideracion, guardaba silencio, y hasta ponderaba el mérito de Bontemps.

De este modo el sargento, hombre de cinco piés y seis pulgadas, tostado el rostro, y con ese porte guerrero y ese aire suelto de nuestros soldados cosmopolitas, habia logrado persuadir al alcalde ex-sacristan que conocia á los mariscales, á los consejeros de Estado, y hasta á la misma corte, y que tenia mucho crédito.

Mucho tiempo hacia que entre la municipalidad de un pueblo vecino y la que Mr. Grandvani administraba se habia suscitado un pleito sobre unos bienes que estaban *pro indiviso*. Cada municipalidad queria llevarse la mejor parte, y hacia diez años que pleiteaban obteniendo autos y providencias, pero no por eso se concluia el negocio. Los alcaldes no podian ir á Paris para correr detrás de los abogados y de los jueces, ni derrochar un dineral en comidas, coches y regalos, y la munici-

palidad tampoco estaba en disposicion de hacer gastos. El alcalde, creyendo lo que Bontemps decia, le pedia, como prueba de su crédito, que arreglara un negocio en que él tenia razon, y que solo dependia del consejo de prefectura.

Jacobo, como hombre, empezó pidiendo tiempo, y se propuso manejarse con Catalina, de modo que la hermosa jóven se viese en la necesidad de enamorarse de él; y haciendo estas reflexiones se prometia que el alcalde no podria pasar por otro punto mas que por el de casarle con Catalina, ó mas bien, por el de proponerle que se casara con Catalina. Hacia creer que su correspondencia con el mozo de escritorio era con los jefes, lo que era fácil porque su amigo le dirigia las cartas con el sello del ministerio : Jacobo se daba la mayor importancia cuando encontraban los so-

bres que tenia buen cuidado de dejar á la vista. Si hubiese podido obtener la plaza de dómine, hubiera coronado su empresa con un triunfo completo, y todo el país se hubiera prosternado delante de él. No se sabe si habria pagado contribuciones, ni si despues de tan bella hazaña habria sido nombrado diputado por los pueblos vecinos. En ese caso se habria oido en los bancos legislativos mas de una de esas expresiones que escaparon á algunos de nuestros mandarines, durante el huracan de las sesiones importantes.

La aldea estaba, como se ve, dominada por intrigas tan complicadas y numerosas como las de las *Bodas de Figaro*. El dómine estaba espuesto á los tiros de Bon-temps, que queria su plaza, y la defendia con bravura : con este motivo habia partido en pro y en contra, discursos, diferen-

tes matices de opinion y disputas. Sin embargo, Jacobo ponía buena cara al dómine y el dómine á Jacobo; sucedía como en la corte; únicamente se echaba de menos las casacas bordadas, el lenguaje culto, coches, y un rumor de cambio de ministerio.

Abel y Caliban eran superiores á estas intrigas y manejos, como lo es el sábio que Lucrecio representa contemplando desde lo alto de las nubes á los habitantes de la tierra, que se afanan sin cesar por adquirir oro y riquezas.

El feliz Abel vivía en el mundo encantador de los duendes, de los genios, de las hechiceras, de los magos, de los príncipes, de las hermosas princesas y de los jardines encantados cuyos atractivos oscurecían los del paraíso terrenal. Aguardaba á una hechicera como los judíos al

Mesias. Leía y volvía á leer los cuentos; y despues de haberlos leído, decia á Caliban que deseaba volar á los cielos, apoderarse de una nube de oro, é ir á escuchar en la cima de las montañas los ecos etéreos que debian revelar la morada de esos séres encantadores. Se habia creado una hechicera en su imaginacion, y la adoraba; cuando por la noche aparecia una exhalacion y un largo surco de luz brillaba en los aires, corria hácia el bosque, al árbol en que se habia detenido la nube de fuego, y se desconsolaba por no haber alcanzado á la hechicera. Si, por la noche, una brisa armoniosa se deslizaba por debajo del follaje y acariciaba el jardin, exclamaba Caliban: mi hechicera va á parar..... Aguardaban. Caliban, levantando la nariz, se quedaba embobado, y el pobre Abel, despues de haber buscado largo tiempo, entraba en la

cabaña triste y cabizbajo. Al día siguiente, si veía algunas flores recién abiertas, decía que la hechicera había mirado su jardín. En fin, durante su sueño veía hechiceras; y despertándose sobresaltado, escuchaba con la mayor atención y creía que un suave murmullo del viento era la risa agasajadora y burlona de una hechicera.

Una mañana estaba sentado á la puerta de la cabaña en la piedra que le servía de banco: su vestido consistía en una especie de sobretodo y en un pantalón á lo mameluco; el cuello bordado de su hermosa camisa que estaba vuelto, dejaba ver su torneada garganta, y sus cabellos rizados como los de Antinoo, le daban bastante semejanza con un dios de la antigüedad, leyendo Homero para ver si el poeta le había descrito. La parra, al pare-

cer, se complacia en proteger con la sombra de sus pámpanos al hijo del alquimista; el rocío brillaba en el césped sobre el que descansaban sus piés; rodeábanle mil odoríferas flores, y algunas adornaban su cabeza: estaba leyendo la historia de esos dos hijos de hechicera que llevan estrellas de oro en la frente, cuando oyó de repente y á lo léjos el paso ligero de una mujer, cuyo vestido, al parecer, se estremecía. Su imaginacion trabajaba extraordinariamente, y aguardó con ansiedad á la que un arbusto le ocultaba todavía. A poco rato ve adelantarse á una jóven vestida con sencillez; sus negros cabellos se escapaban por debajo de un pañuelo graciosamente prendido; su andar era ligero; llevaba un corpiño encarnado y un guardapiés blanco, y en su rostro brillaba la frescura: su cuello era blanco, parecian torneá-

dos sus brazos, y sus lindas manos hubieran honrado á mas de una hermosa señora; su cara espresaba la inocencia, y una gracia pura, sin estudio, decoraba sus movimientos. Subia por una senda con bastante precipitacion; pero se detuvo luego que vió á Abel, le contempló con admiracion y se ruborizó. Al pronto no notó la avidez con que este la examinaba; pero no tardó en bajar los ojos, y al parecer deliberó consigo misma si pasaria ó no por delante de la cabaña.

Así como hay hombres que en sus maneras, en su andar y en todo el conjunto de su ser, encierran la dignidad y la fuerza, hay tambien mujeres que reunen á un alto grado de perfeccion *lo que es esclusivo de la mujer*, y que están rodeadas de un cortejo de seducciones, atractivas gracias y ma  
neras. La jóven tenia muchas

mas de las que se necesitaban para trastornar la cabeza de un jóven que no habia visto mas que á Caliban, á su madre y á un alquimista anciano, ocupado siempre delante de sus hornillos. Despues de un instante de silencio y de exámen, Abel se lanzó rápidamente; la jóven se retiró, pero la extraordinaria belleza del jóven y sobre todo el candor que brillaba en su persona la obligaron á que no huyera mas allá de un cercano matorral: Abel la siguió, y agarrándola de la mano que le temblaba, le dijo con el acento encantador del órgano mas sonoro que se ha oido:

— No eres una hechicera, porque tu mano tiembla: te ruborizas, andas por la tierra y no tienes varita de virtudes, pero eres tan hermosa como una hechicera.

La jóven retiró su mano, y solo com-

prendió de este discurso que era lisonjero para ella.

No contestó, pero miró á Abel con tanta espresion, que le reveló que no olvidaría una palabra de la frase que acababa de pronunciar, y que no pararía hasta encontrar el verdadero sentido de ella.

— Ven á sentarte á mi lado..... le dijo acompañando sus palabras con una sonrisa galante.

Sentáronse en una roca; reinó un momento de silencio, y Abel le rompió diciendo: — ¡ Quisiera estar sentado con frecuencia á tu lado !.....

La jóven le contestó, sois muy atento.....

Abel la miró con inquietud, como si quisiera pedirle la esplicacion de esas palabras; pero ella continuó diciéndole:—  
¿ Sois vos el que habita esa cabaña ?

— Sí, contestó; ¿y tú vienes de la aldea que está allá bajo? Yo no podré ir á ella porque mi padre y mi madre me lo han prohibido, y ahora lo sentiré mucho.

— ¡ Ah! ¿no podreis venir?..... preguntó la jóven apesadumbrada con suma sencillez.

— No, replicó Abel, pero tú vendrás á mi cabaña; es muy hermosa. En ella verás los vestidos que usó mi padre el encantador cuando habitaba en esta tierra; los conservo cuidadosamente con los de mi madre, la hechicera.....

La jóven le miraba con profunda sorpresa; y cuanto mas le miraba, tanto mas se encantaba con la peregrina belleza de aquel hombre, verdadera maravilla de amor.

— ¿Sin duda tendrás un nombre, continuó con ingenuidad, como todas las prin-

cesas? Hasta que sepa el tuyo te llamaré *Encanto del corazon*.

— ¡Ah! me llamo Catalina.....

— ¿Qué significa eso? añadió, creyendo que su nombre espresaba alguna cualidad, como los de las princesas en los cuentos árabes.

— Significa que soy hija de Mr. Grandvani, el alcalde de la aldea.

En este momento Caliban, que se hallaba en la cabaña, oyendo otra voz además de la de su amo, acudió y enseñó de pronto su hedionda cabeza: Catalina se asustó y echó á correr. Abel la miró huir, se levantó para seguirla con la vista, y, cuando Caliban le preguntó qué era aquello, le dijo: ¡Una jóven casi tan linda como *Graciosa*! ¿Cómo podria volverla á ver?..... Puede que sea una hechicera disfrazada.....

Catalina, mientras huía, iba pensando en el hermoso jóven, y cuando llegó á la aldea habia reflexionado ya lo bastante para decidirse á no revelar á nadie el encuentro que acababa de tener. Por mas que reflexionaba sobre el particular, no podia persuadirse de que Abel fuese una criatura humana; le habia parecido tan distinto de los demás séres que veia diariamente, que debia creer naturalmente que pertenecia á una raza superior. No dejó de pensar ni un solo momento en aquella celestial figura; en el brillante colorido, en la frescura y en la inocencia de Abel; y por la noche Jacobo Bontemps notó que no contestaba acorde á las preguntas que le dirigia, y que estaba distraida.

Abel, por su parte, pensó mucho en el sér nuevo para él, que por la mañana ha-

bia visto en realidad. Los cuentos de hechicera que meditaba le habian instruido perfectamente acerca de los sentimientos humanos; no ignoraba que existia *un amor*, puesto que cada cuento estaba fundado, como todos los cuentos del mundo, en dos amantes perseguidos. Pero las obras que leia no eran bastante esplicitas para él, y todo lo que de ellas podia deducir era este axioma: que un hombre ama á una mujer, y recíprocamente que una mujer ama á un hombre; él amaba á una hechicera, y la impresion que le causó la hermosa Catalina estaba muy distante de ser violenta como la que le hubiera hecho experimentar una hechicera. Sin embargo, cuanto mas se contemplaba á sí mismo, tanto mas conocia que la imágen de Catalina estaba grabada en su corazon.

El día siguiente, y por espacio de algu-

nos dias, fué por la mañana á colocarse en el camino, y volvió á sentarse debajo de la parra y aguardó á Catalina. El cuarto dia la vió venir á lo léjos: andaba despacio y mirando á su alrededor; levantóse, salióle al encuentro, y conduciéndola silenciosamente á su banco rústico, la contempló un momento, y dijo luego:

— Catalina, porque no he olvidado tu nombre, estás mas engalanada que el otro dia; llevas una rosa en la cabeza, tu seno está cubierto con una *te'la de rocío*, en tus manos luce un *circulo de oro*. Detúvose y la miró, en ademán de esperar su contestacion.

Catalina se ruborizó y bajó los ojos; pero haciéndose cargo de la ignorancia del desconocido, levantó sus párpados, y le dijo: — En el mundo en que yo vivo cam-

biamos de traje cuando queremos agradecer á alguna persona.....

— ¡ Ah! ¿ con que se agrada por el traje?... añadió con viveza ; ¡ quisiera tenerlos muy hermosos por si consigo encontrar alguna hechicera!.....

— ¿ Qué cosa es una hechicera? preguntó Catalina.

— Una hechicera, contestó Abel sonriéndose, es un espíritu divino que se nos aparece en una nube y en forma humana: sus vestidos se parecen al azul de los cielos; su rostro es brillante como una estrella; andan por encima de las flores sin encorvarlas, y cual la abeja, se alimentan con miel; beben el rocío y habitan en el cáliz de las flores. Con frecuencia se desliza una hechicera por una rama, y desciende como llama ligera y brillante; embellece la naturaleza, reina en ella como sobera-

na, hace felices á cuantos protege y les da talismanes contra la desgracia. Muchas veces los conduce á palacios cuyas columnas son de oro y diamantes, cuyo piso es de mármol, cuyas bóvedas se parecen á las del cielo; en fin, los rodea con una luz de prestigios, de felicidad..... y este encantamiento cae del cielo, una mañana, una noche de improviso.

— En ese caso, dijo Catalina, el amor es una hechicería. Y sus ojos resplandecientes de ternura se confundieron con los de Abel en una mirada de admiración.

— El amor, replicó Abel, tomando la mano á Catalina, es una palabra que yo conozco ya; pero no concibo todo lo que ella espresa.

Al oír esta ingénua frase experimentó Catalina una violenta emoción; retiró dulcemente su mano y la llevó á sus ojos

para enjugar las brillantes lágrimas que de ellos se desprendían. Abel, tierno y sencillo, se acercó á ella en silencio y procuró recoger las lágrimas de Catalina con sus largos y rizados cabellos negros.

— El amor, dijo entonces la jóven, es un padecimiento.....

— ¡Oh! no, continuó Abel, el que ama debe ser feliz! Si mi hechicera se presentára á mis ojos, conozco que la amaria, no me atreveria á acercarme á ella, la respetaria, la miraria en silencio; porque me pareceria que una palabra mancharia su alma; me contentaria con pensar en ella. No le agarraria la mano como á tí; pero me complaceria en respirar la flor, cuyo perfume hubiese ella respirado; y si fuese una rosa despediria entonces un olor mil veces mas suave.

Preferiria padecer con ella á ser feliz

con los demás; y cuando hubiese marchado la vería yo todavía, la vería siempre!..... Sería mi madre, mi padre, mi hermana..... De ella lo recibiría todo: luz, felicidad, alegría..... Si hablase lejos de mí, presentaría su palabra, porque la acompañaría á todas partes. En fin, viviría en ella, sería mi mañana, mi día, mi sol, mas que toda la naturaleza.....

— ¡Basta!..... ¡basta! dijo Catalina sollozando.

— ¿Lloras?..... ¿por qué? ¿Tienes algun pesar?

— Sí, contestó la jóven: escuchad, en esa aldea que desde aquí estais viendo, todo se vuelve penas y tormentos.—Y Catalina le pintó el cuadro de las intrigas y de las desgracias de la aldea.

Abel solo comprendia que los seres de que se trataba eran desgraciados, y es-

clamó: — Y bien, que hagan lo que yo!... ¡que tengan una cabaña, un jardín y serán felices! Vengan aquí y los consolaré.

— Hay infortunios que no pueden mitigarse.

— Es verdad, dijo Abel acordándose de lo que padeció cuando perdió á su padre; pero, añadió: no todos habrán visto morir á sus padres!

— ¡Ah! Hay otras desgracias que afligen á los mortales. Tenemos en el valle una jóven cuya historia os contaré la primera vez que vuelva á veros..... si acaso vuelvo!..... añadió, y vos me direis si se la puede consolar.

— ¿Si vuelves? preguntó Abel, ¿y por qué no has de volver?

Catalina trató de esplicarle las ideas de caridad y de moral que son la base de la

sociedad, pero Abel nada comprendió y le dijo: — No alcanzo por qué se prohíbe en tu aldea que uno haga lo que constituye su felicidad.

Catalina miró largo rato á Abel con sentimiento y luego se alejó con lento paso.

---

V.

EL AMOR EN LA ALDEA.

---

Catalina, á pesar de sus pocos años y de su inesperienza, notaba, sin embargo, la ingenuidad de Abel, pero no podia traducirla. Lo que le habia dicho de las hechiceras fué para ella el objeto de grandes meditaciones; hasta que al fin tuvo una conferencia con el cura para saber si existian hechiceras.

El cura, hombre instruido, vino en conocimiento, por la naturaleza de las preguntas de Catalina, que tenía un poderoso motivo para hacerlas, y como era muy natural trató de confesar á la jóven. Catalina, demasiado seucilla para eludir las preguntas del cura, le reveló todo lo que habia pasado; este se quedó sumamente sorprendido, cuando supo que en el siglo en que vivimos existia un jóven que se hallaba en el estado de la naturaleza. Ignorando las circunstancias que habian conducido á Abel á este punto de credulidad y salvajez, se figuró el cura que era algun jóven que habia perdido el juicio, y se esforzó en demostrar á Catalina que corria gran peligro al lado de ese extraordinario sér. Le probó además que las hechiceras eran personajes imaginarios creados por pura fantasía, y para hacér-

selo comprender le leyó y le esplicó una fábula de La Fontaine y un cuento oriental, y la exhortó á que no volviera mas á la colina.

Catalina, al separarse del cura, no podia convencerse de que Abel estuviese loco; le parecia que no corria peligro alguno á su lado, si se esceptuaba el mayor de todos, el de amar sin esperanza de ser correspondida. Para conseguirlo, resolvió hacer el último esfuerzo para con su amigo de la montaña, refiriéndole la historia de la jóven segadora.

Acudió por la mañana á su encuentro, y, sentándose sin cumplimiento á su lado, empezó diciéndole que no habia hechiceras; y luego procuró hacerle comprender los argumentos del cura.

— Catalina, contestó Abel con gravedad, nadie me probará que estamos solos

en la naturaleza. ¿Quién ha hecho todo lo que vemos? Un gran genio. Hay hechiceras de las flores, las hay de las aguas, las hay de los aires. ¿No te sientes inclinada, como yo, á amar alguna cosa superior á tí?

— ¡ Oh ! sí, dijo ella.

— ¿Pues qué, no crees que hay flores que no se marchitan nunca y que hay un día que no tiene noche? Todo esto se encuentra en el mundo de las hechiceras: las hechiceras habitan mas allá de los cielos, porque los cielos son el pavimento de su templo y las estrellas son las huellas de sus pasos. Cuando una tempestad cubre el cielo, es porque los genios malos se han escapado de sus prisiones, ó porque han roto las botellas que los encerraban. Catalina, ¿no deseas algunas veces encontrarte en un sitio distinto del en que vives?

¿No deseas volar por los aires y confundirte en una adoracion amorosa, como la que yo profeso á una hechicera?

— Sí, dijo con dulzura; soy cristiana y amo á Dios.

— ¡ Dios ! replicó Abel; ¿quién es Dios?

— Es el que nos *ha hecho á su imágen para servirle y adorarle.....* dijo, refiriéndose al catecismo.

— ¡ Ah ! comprendo, continuó Abel; Dios es el rey de los hechiceros y de los genios.

— ¡ Pero el cura me ha dicho que no hay hechiceras!..... replicó despechada.

— ¿Qué cosa es un cura? preguntó con viveza Abel.

Catalina no pudo hacer comprender á Abel lo que era un cura: se emboscó en una esplicacion acerca del órden social, y no pudo acabarla, porque se enredó. Al

fin salió del apuro concluyendo que un cura era un hombre que no se casaba nunca porque no debía amar mas que á Dios, rogarle por todo el mundo, y vestir de negro.

— ¡Si tu cura, replicó Abel, te ha enseñado en un libro que no existen hechiceras, yo te enseñaré en otro lo contrario!... Y corrió á buscar un volúmen de cuentos, y le presentó la estampa de la hechicera Abricotina.

—Una vez que quereis que haya hechiceras, lo creeré, dijo ruborizándose: y aun cuando así no fuese, creer en vuestro error me es mas grato que conocer la verdad.

—Catalina, dijo Abel con la alegría infantil, con la inocente curiosidad de una ardilla que corre de rama en rama jugando con la fruta, Catalina, tú me has

prometido una historia; cuéntamela, porque me gusta oírte hablar...

Catalina experimentó en su corazón un movimiento muy parecido al que produce el miedo. En efecto, iba á decidirse su suerte.

#### HISTORIA DE LA JÓVEN SEGADORA.

A la última siega, dijo señalando los campos del valle, ha venido de la Lorraine una jóven con su madre. Ambas eran muy pobres; y la madre, aunque anciana, y á pesar de sus enfermedades, ha acompañado á su hija.

La hija se llama Julia: es hermosa como una rosa que acaba de abrirse; y, debajo de su gran sombrero de palma, parece, con sus rubios cabellos, una violeta que

se oculta debajo de una hoja seca. Sus brazos son redondos y lisos como el tronco de un álamo blanco, y en otro tiempo era su sonrisa graciosa como una mañana de primavera. Ambas se presentaron en aquella quinta que veis allá abajo, mas acá de la aldea, para que se las emplease en la siega, como en efecto lo consiguieron.

El arrendatario tiene un hijo, jóven bien formado y bien parecido: cuida de la labranza; es el mas diestro de la aldea en el tiro y en el arco; sabe leer y escribir, y canta en la iglesia los domingos; en fin, es el que dirige los segadores y todos los jornaleros de la quinta.

Hallábase en la sala de la quinta, cuando Julia y su madre se presentaron: luego que Julia le vió se puso pálida y se sintió dispuesta á amarle, porque era muy hermoso.

—Si yo amase, dijo Abel interrumpiéndola, solo amaria la hermosura...

—Julia suponía aparentemente, continuó Catalina, que el alma de ese joven sería como su exterior, y la pobre niña, antes de saber si sería correspondida, se abandonó á querer al hijo del arrendatario.

No segó nunca mas que en las piezas en que él estaba; mirábale á hurtadillas, y, si se paraba en algun sitio, no permitia que otro fuese á cortar las espigas que él habia pisado, y si se sentaba en una garba, la llevaba sobre su cabeza. En fin, procuraba encontrarse siempre á su lado, de modo que cuando se quejaba del calor, le presentaba el cántaro lleno de agua, que llevaba con ella, y se notó que no permitia que nadie bebiese en él sin exceptuar á su anciana madre. Y prefirió, á pesar de

su indigencia, comprar otro, y á pesar de su debilidad, llevar dos en vez de uno.

Cuando Antonio hablaba, ella temblaba y recogia los menores ecos de aquella voz querida : si le dirigia la palabra, se avergonzaba, y no se atrevia á mirarle : en fin, le amaba con toda su alma, aprovechando con ardor el momento presente, y no pensando en el porvenir.

La madre notó que su hija habia mudado, porque, á pesar de que Julia no se mostraba con ella menos cariñosa, padecía no obstante algunas distracciones. Un dia que Antonio habia ayudado á Julia á cargar su gavilla y que sus manos se habian encontrado con sus miradas, dejó que su madre llevara sola la carga de la que acostumbraba desembarazarla.

Con este descubrimiento, dijo la madre á Julieta : hija mia, el aire de este país no

te conviene, volvamos á Lorraine : Julia la contestó que la Lorraine estaba en aquel país para ella. La madre conoció que no había remedio, y continuaron segando.

Antonio no ignoró mucho tiempo que Julia le amaba, porque una noche la vió en el patio de la quinta sentada en una piedra, mirando ora el cielo, ora el sitio de la casa en que él habitaba.

Como era de noche, creia la enamorada jóven que todos dormian, y no temiendo ser sorprendida, envió un beso á la habitacion en que descansaba Antonio. Esta muda y silenciosa adoracion, este amor secreto agradaron al jóven que desde aquel momento estuvo con Julia mas atento que nunca.

—¿Escuchais? dijo Catalina á Abel.

—Sí, sí, respondió el jóven como si estuviera soñando.

Catalina repitió la frase mirándole.

Y continuó: Antonio dió á Julia menos trabajo que á los demás. Cuando hacia demasiado calor, le decia que descansara, y ella descansaba con su madre, porque era él quien se lo habia dicho. En la mesa tenia cuidado de que fuese bien servida, y un dia le puso una flor en su sitio. Julia tomó la flor y la ocultó en su seno; esta flor, aunque marchita, está todavía en él.

Una noche, cuando todos se habian acostado ya, Julia y Antonio fueron á sentarse al pié de un árbol del jardin de la quinta, y hablaron largo rato: Antonio quedó prendado de la gracia y del talento de la jóven. Desde entonces se amaron ambos con ardor y en secreto. Julia fué feliz cuando vió que su amor era correspondido por el que ella adoraba, y se entregó con entusiasmo á la esperanza.

Cuando vió que Antonio estaba bien enamorado de ella, entonces se trocaron los papeles : Antonio fué el que desde aquel momento abrazaba con amor todo lo que ella llevaba ó tocaba; la miraba segar, y le ayudaba lo mismo que á su madre, la que á pesar de su larga esperiencia, empezó á creer que todo acabaria bien. La anciana se sonreia al ver bailar por la noche al hijo del arrendatario con Julia, y que no la abrazaba en la contradanza, como es costumbre, circunstancia que le pareció de buen agüero. En fin, una noche, al retirarse á la quinta, Julia, que habia agarrado el brazo de Antonio, le dijo :—Amigo mio, tú me has dado una flor de la tierra y otras mil flores que vienen del cielo; en cambio yo no puedo darte mas que esta cinta que me sirve de cinturon : tómala, y acuérdate que al dártela te he

dado toda mi alma. Antonio tomó la cinta, quiso un beso, pero Julia se lo negó.

Llegaron á comprenderse con una mirada, á leer en sus ojos y á no poderse separar : confundieron sus corazones y saborearon las delicias de un amor delicado y puro. No habia ya para ellos ni horas ni tiempo, ni estacion ni tierra ; no conocian mas que pasion ; y acabaron por adoptar los gestos, el hablar, las maneras el uno del otro, por pensar ambos del mismo modo ; en fin, Antonio era Julia, y Julia era Antonio.

Una mañana que Julia lloraba, porque el arrendatario habia hablado de la conclusion de la siega y de despedir á los segadores, dijo Antonio á su padre que amaba á Julia y que queria casarse con ella. La misma tarde el arrendatario, que queria enlazarme con su hijo, echó á Julia de

la quinta, despues de haberle dado lo que le debia; en fin, dijo á Antonio que no consentiria nunca en que se casara con la segadora, porque era demasiado pobre.

Julia salió sin llorar, pero estaba pálida como una muerta; y fué recogida por otro arrendatario, en cuya casa trabaja sin ganar nada; pero no quiere abandonar el país que Antonio habita, y la pobre jóven es aun feliz porque respira el mismo aire que su amante.

He ido á verla una mañana y le he dicho :

—Julia, está segura de que no me casaré nunca con Antonio, y si necesitas algo, encontrarás en mí una amiga que te socorrerá con mucho gusto!...

—¡Bien! exclamó Abel, palmoteando como un espectador sumamente conmovido. Catalina enmudeció; ¡tan violenta y

dulce fué para su corazón la alegría que le causó esta alabanza que partía del alma!.....

Desde entonces, continuó, Julia no tiene mas placeres que ver á Antonio en la iglesia y algunas veces en el campo; de vez en cuando se encuentran y se juran ser el uno del otro. Sin embargo Julia se acusa de haber atraído sobre la cabeza de Antonio la cólera de su padre, porque el arrendatario ha declarado á su hijo, que si no se casa con la que él le destina por esposa, le desheredará vendiendo cuanto posee. Julia está triste, sin esperanza, se consume y parece una tierna flor roída por un gusano: toda la aldea la ama y la compadece, y sin embargo se muere de amor.

Ahora, añadió Catalina, ¿qué remedio encontráis para tales males?... Abel guardó silencio.

— Pero, continuó Catalina, suponed que Antonio no hubiese amado á Julia y que Julia le hubiese adorado : decidme, ¿ podría existir para una alma llena de amor mayor desgracia!

Al pronunciar estas últimas palabras con voz trémula, miraba á Abel con ansiedad, y aguardaba su contestacion, como aguarda el rocío de la noche la flor abrasada por los fuegos del sol.

— Me parece, respondió Abel con indiferencia, que el verdadero amor acaba por vencer todos los obstáculos ; las buenas hechiceras triunfan siempre...

— ¿ Triunfaré?... se preguntó Catalina.

Desde este dia Catalina fué con frecuencia á hablar con Abel; y la pobre muchacha amó al hijo del alquimista con el mismo ardor que Julia amaba á Antonio.

Sin embargo, se esparció la noticia en

la aldea de que habia en la cabaña de la colina un jóven hermoso como el dia, encantador y celestial, y que un demonio infernal le servia; que habia heredado del alquimista el poder de dominar la naturaleza; que tenia conversaciones con las hechiceras y con los espíritus foletos; y en fin, que se le veia algunas veces por la noche, á la luz de la luna, hablar con un muerto que vagaba como una sombra. Estos rumores circularon por toda la comarca, y lo que los acreditó fué el haber prohibido el cura en una plática á las jóvenes el que fuesen á la colina.

Abel amaba á Catalina, pero como se ama á una hermana, y se alimentaba de continuo con sus dulces ilusiones. Era tanto mayor su deseo de ver á una hechicera, cuanto que sus sueños le ofrecian muchas veces imágenes fantásticas que él

abrazaba con ardor, y creia algunas, cuando despertaba, que realmente las habia visto.

Todo esto se lo confiaba á Catalina, que contenia sus lágrimas; pero al separarse de Abel les daba curso porque se veia puesta á unos séres imaginarios que el cura le habia dicho no podian existir. Esperaba que llegase su vez.

Iba siempre á ver á Abel por la mañana, porque fué una mañana cuando le encontró por primera vez : de modo que nadie habia notado aun sus caminatas á la colina; y por otra parte su padre no concebía ninguna sospecha, porque conocia su inocencia, y porque le habia inspirado horror á la colina.

Sin embargo, cuando Catalina conoció que debia amar á Abel sin esperanza de ser correspondida, empezó á perder el co-

lor: el cambio de su rostro y de sus costumbres no se escapó al ojo del sargento de coraceros de la guardia Jacobo Bontemps, quien todas las noches la obsequiaba. Notaba que hacia algunos días que no era muy bien visto por Catalina, quien comparándole con Abel, cuyos modales eran naturales, elegantes y sencillos, encontraba de mal gusto el tono brusco, los movimientos descompasados y el lenguaje de Bontemps.

Sin embargo se lisonjeaba con la idea de casarse con ella; porque había recibido una carta que le daba muchas y buenas esperanzas: en efecto, su amigo el mozo de escritorio había sido agraciado con la importante plaza de mozo del gabinete particular del ministerio. Entonces redactó una petición al ministro solicitando la plaza de preceptor, y se la envió á su ami-

go para que la colocara en la mesa de S. E. á la primera ocasion. Mucho tiempo invirtió en redactar su peticion, pero al fin parió, despues de reflexionar por espacio de quince dias, un trozo curioso que transcribiremos literalmente.

«Monseñor (1) :

«V. E. sabrá con sorpresa que en el comun de V\*\*\*, hay un preceptor sumamente estúpido; que en la máquina, cuya alma es V. E., se encuentra una rueda sin unto : esto supuesto, Jacobo Bontemps, sargento de caballería, al cual, por paréntesis, se le negó una pension de retiro porque le faltaba un año de servicio, y eso que le habian licenciado sin solicitarlo; pero en atencion á que V. E. no era ministro entonces, no se le puede

(1) Copiada del original.

»afear semejante proceder, *pero no por eso*  
»ha dejado de quedarse sin pension.

«Sin embargo, va sin andar con rodeos  
»á suplicar á V. E. que se le dé la plaza  
»del preceptor, retirando al que la posee  
»actualmente, porque el esponente solo  
»quiere la plaza del preceptor y de nin-  
»gun modo indisponerle con V. E. : no os  
»costará esto, Monseñor, mas que una plu-  
»mada; y el abajo firmado tiene la satis-  
»faccion de recordaros que estaba de guar-  
»dia en la puerta de V. E. antes de que  
»fuese ministro, y que le ha salvado de  
»los cosacos, sin lo que Monseñor no seria  
»su escelencia ahora.

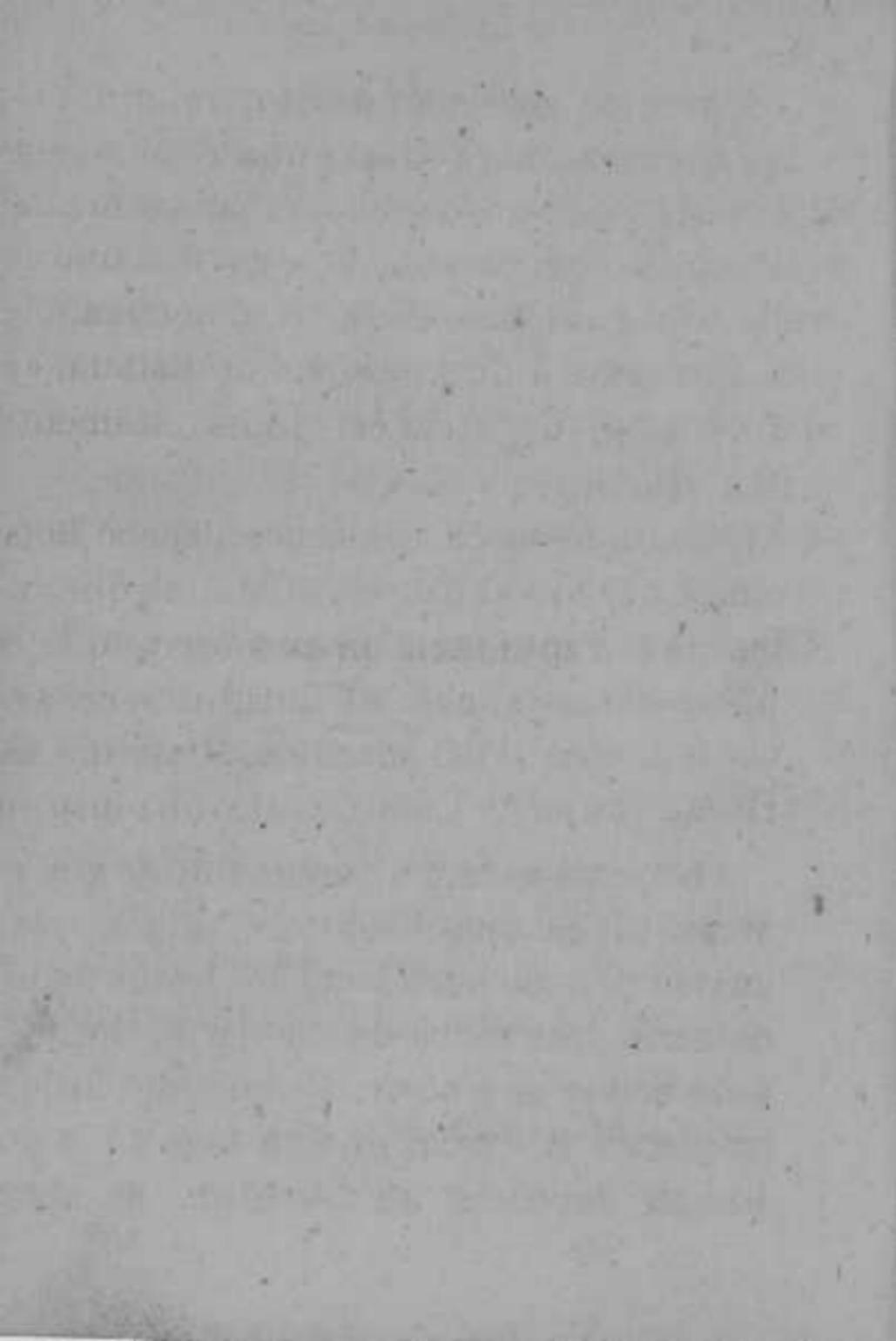
«El esponente no duda de los sentimien-  
»tos de agradecimiento de Monseñor, con  
»lo cual tiene el honor de ser etc.

«JACOBO BONTEMPS.»

Concluido este manuscrito, reunió todas sus ideas para hacer una relacion en el mismo género de todo lo concerniente al negocio del comun, y la envió á uno de sus antiguos generales, recomendándole la entregase á un consejero de Estado, «á fin, decia, de arrancar inmediatamente una real órden.»

Concluidos estos despachos, Jacobo Bon-temps declaró al padre de Catalina que antes de un mes seria preceptor, y que el pleito seria fallado. El antiguo sacristan contestó que si así sucediese, Catalina seria su mujer, y Catalina dió un suspiro.

---



## VI.

### LA HECHICERA DE LAS PERLAS.

---

Abel, que se habia persuadido de que no veria nunca una hechicera, á los tres ó cuatro dias encerró todos los libros de hechicería, que sabia de memoria, decidido á no volverlos á abrir. Como todos los que empiezan á dudar de una cosa de la que hacian depender su felicidad, se aban-

donaba á una dulce melancolía: encontraba un vacío en sí mismo y pensaba en Catalina. Todos los elementos del amor se encontraban en él sin que él estuviese enamorado. Sus fogosas ideas se replegaban en sueños que no tenían objeto y le sumergieron, durante la ausencia de Catalina, en una especie de abatimiento mortal. En una palabra, experimentaba esa necesidad de amar que nos obceca al salir de la infancia y que da á los primeros amores tantos atractivos y tanto fervor.

Una noche, despues de haber contemplado largo rato el cielo, en lenguaje oriental, apostrofó al firmamento: —Nubes, dijo, que con frecuencia os parais en la cima de las montañas, y colocais en ellas el genio que refresca la tierra, enviad á mi cabaña algun ligero espíritu

foleto que me instruya ó que me prescriba alguna empresa difícil que pueda llevar á cabo con toda mi alma : que me mande precipitarme en un lago en cuyo fondo deba encontrar los leones que custodian una jóven hechicera, sentada en un diamante, y dormida por los artificios de un cruel encantador. Estrella, condúceme hácia la que debo amar... Rayo divino que partes del seno de la reina de las noches, guíame á la comarca en la que se encuentra Farucknaz, en la que el *Roc* despliega sus alas, en la que se elevan las mil columnas de oro de los castillos de las hechiceras.

— ¡ Ah ! pronto, dijo á Caliban que le escuchaba sin comprenderle , ¡ pronto ! mañana quizás , registraré la chimenea , é iremos á otra parte : porque los príncipes, en mis cuentos, van por el mundo, y de

este modo encuentran hechiceras, disfrazadas de mendigas y de dueñas; pero, añadió, ¿cómo abandonar el campo en que descansa mi madre?... ¿y Catalina, y tú, Caliban, que no puedes andar?...

Caliban le besó la mano.

— ¡Quisiera amar!... exclamó Abel; ¡mis flores, mi cabaña, mis plantas no me bastan ya!... ¡Estoy solo!... ¡Oh, hechicera de mis amores!... ¡buena hechicera, ven en mi socorro!

Entró, y se acostó tristemente en su cama, que estaba en el laboratorio, y no tardó en dormirse libremente, lo mismo que Caliban, que habitaba en una pieza distante de la suya.

Era cerca de media noche: el mas profundo silencio reinaba alrededor de la cabaña, turbado tan solo por el viento fresco de la noche, que balanceaba suavemente

las ramas de los árboles: algunos mochuelos gritaban á lo lejos: espesas nubes ocultaban la luna. Abel soñaba que una hechicera iba á presentarse; oyó entre sueños los encantadores acentos de una música aérea, y escuchaba con el entusiasmo de una alma separada del cuerpo la argentina voz de la hechicera. Se despierta sobresaltado, la dulce música del sueño continúa... al momento cesa... ¡Qué espectáculo!

Para dar una idea exacta, seria preciso poder describir el cuadro de Endimion, presentar á Abel, tan hermoso como el pastor amado de Diana recostado con gracia, y coloreado como él por la luz amorosa que anuncia la diosa; pero aquí, en el laboratorio, la diosa habia llegado! Con sorpresa ha visto Abel salir de su chimenea al objeto de sus sueños, á una hechi-

cera, pero la mas hermosa de las hechiceras, la hechicera de los amores !...

Se adelanta en medio de una nube de luz blanca como la de una estrella ; esta luz la produce una lámpara de bronce que la hechicera ha dejado en la chimenea sin que Abel lo haya echado de ver. Esta lámpara de forma antigua despide una claridad que parece un rayo celestial é ilumina el laboratorio. Abel cree soñar todavía y se entrega á la delicia de contemplar á la hechicera, cuya encantadora voz acaba de oír.

El canto y la música han cesado... Desde su trono de luz parece que insulta la hechicera la tierra, la que no se digna tocar con sus piés de nieve. Su vestido es de una tela blanca tan deslumbradora que escede la idea que Abel habia formado del traje de una hechicera. Su cabellera, negra

como el azabache, está sembrada de perlas cuya encantadora blancura, mas agradable que la del diamante, dá á su cabeza la apariencia de un césped cargado con mil gotas de rocío.

Un cinturón de perlas rodeaba un talle esbelto, ligero y voluptuoso: un collar de perlas de quince hilos apenas fué distinguido por Abel, porque se confundia con el cútis de la hechicera; tal era su blancura; en sus torneados y finos brazos brillaban dos brazaletes de perlas, y su vestido estaba bordado de ellas. Llevaba en la mano una varita de nácar y prendido de la cabeza un velo imperceptible.

Esta hija del aire era pequeña, viva y ligera, pero sería imposible dar una idea de su rostro. Encerraba todos los caracteres: la bondad enlazada con el orgullo, la grandeza, el amor, la gracia y ese atractivo in-

definible que resulta del deseo de agradar; sus vivos ojos llenos de fuego estaban rodeados de ese círculo negro que aumenta su brillo, y tenían además esa sorprendente espresion de deleite que dan unos largos y hermosos párpados que avanzando hácia el centro del ojo, luchan al parecer por ocultar la niña en la que brilla todo el fuego del amor; en su mejilla en flor resplandecia el brillo de una reluciente manzana, y su boca se sonreía como una rosa que se abre, enseñando unos dientes rivales de las perlas que la adornaban. Su divina sonrisa anunciaba un pensamiento puro y fresco como su aliento, y la elegancia de su cuello, que salia de la graciosa curva de sus hombros como una columna de alabastro, indicaba que habia estudiado la majestad en los cielos. Su seno, á pesar de estar cubierto con una gasa aé-

rea, fué devorado por Abel, quien, en el silencio de la noche, pudo oír el murmullo de aquellos globos de marfil.

Ver todo esto fué obra de un minuto; Abel temia que su aliento hiciera volar aquella aparicion divina, y no se atrevia á mirar á la hechicera, cuyos ojos le parecian dos estrellas del cielo. La hechicera se complacia en gozar de la sorpresa de Abel, y sus miradas revelaban una curiosa admiracion. Bajó y levantó los ojos, hasta que Abel, oyendo su respiracion, no pudo ya dudar de la realidad de esta brillante aparicion, se prosternó, y, levantando su angelical rostro, le dijo con entusiasmo y con la voz de la adoracion:

—¿Eres sin duda la *Hechicera de las Perlas*?...

Se sonrió y bajó la cabeza como señal de

aprobacion: este dulce movimiento hizo brillar un grueso diamante que adornaba su pura frente; Abel creyó que la nube de luz temblaba y describia círculos multiplicados, como la cristalina agua de un rio cuando se le arroja un guijarro.

—Hermosa *Hechicera de las Perlas*, continuó con suma ingenuidad, ¿habeis oido mi voz?..... ¡Tomad en vuestras blancas manos, tomad las riendas de mi vida! quiero perteneceros si soy digno de ello, pero el presente de un corazon puro creo que es el mas hermoso que se puede hacer en la tierra. ¡Ah! venid algunas veces á mi cabaña, yo buscaré las lágrimas del arrepentimiento, si vuestra mision es recogerlas; os levantaré templos, altares, viviré para vos y... pero hablad, temo que seais la hija de un sueño.

Rafael nos ha representado ángeles y se-

rafines arrodillados delante del Eterno, y ha reunido la perfeccion humana en una postura que, á pesar de su humildad, es brillantemente graciosa; sus rostros resplandecen y despiden un reflejo sobre la tierra que cubren con los innumerables bucles de sus cabelleras de oro: tal era Abel arrodillado delante de la hechicera. Ella le admiraba, y su cútis se encendió, y sus ojos brillaron, y una espresion divina erró por su radiante rostro. Cuando Abel hubo concluido su súplica, ella agitó dulcemente su cabeza y pronunció estas palabras :

— Abel, veré si eres digno de lo que pides; vendré durante algun tiempo á deslizarme en tu cabaña, como el rayo de luna que esparce una luz plateada y que brilla en medio de las noches!..... Si lo mereces, seré tu amiga, tu estrella y.....

Detúvose como si temiera prometer demasiado.

— ¡ Ah! exclamó, aun cuando trasportado en una nube, oyese los acentos divinos de las arpas de oro, que, segun me ha dicho Catalina, tocan los querubines delante de su Dios, no experimentaria tanto placer como el que me causa una sílaba pronunciada por vos!... y el pájaro que canta antes de morir, el ruiseñor, y el beso de una madre no son tan dulces, *Hechicera de las Perlas*. ¿No sois vos la reina de todas las hechiceras, como la perla es la reina del Océano?

La hechicera se sonrió, y le embriagó con su sonrisa.—Si yo fuese eterno, exclamó con fuerza, seria feliz si pudiese admirar cada mil años una sonrisa semejante!... pero sonreios otra vez!... y muero contento: vuestra sonrisa me deleitará

hasta en la noche de la tumba; preferiría la muerte con esa sonrisa á vivir sin vos !...

— Abel, adios, dijo con tierna voz. Abel se prosternó, y cuando levantó la cabeza, reinaba la oscuridad mas completa; la hechicera habia desaparecido como se habia presentado, y el jóven intentó en vano distinguir el sitio que habia ocupado; no vió, sirviéndonos de la admirable espression de Milton, *no vió mas que las tinieblas, ni oyó mas que el silencio*. Sin embargo, oyó á lo lejos un ruido sordo como el del trueno; se precipitó fuera de la cabaña, subió á la colina, y hácia el bosque divisó un carro luminoso arrastrado con la rapidez de una nube de las tempestades. Retiróse á su casa y en toda la noche no pudo dormirse; veia continuamente la *Hechicera de las Perlas*; oia aquella dulce voz y se

precipitaba para agarrar el pié luminoso que habia visto brillar en un coturno de plateada tela; se frotaba algunas veces los ojos pero no podia dudar.

Cuando amaneció tuvo la prueba de la celestial aparicion: el taburete de su madre estaba delante de la chimenea y encontró encima de él algunas perlas que se habian desprendido del vestido de la hechicera. Fué á ver la chimenea, y encontró á su pié los restos de un enorme bocal que su padre habia colocado encima de ella, y en cuyo rótulo se acordó Abel de haber leído siempre la primera palabra, *Talento*.

— Eso es, dijo para sí: mi padre tenia aquí encerrada la hechicera y su tiempo ha acabado esta noche.

En fin, entró en la chimenea y vió que en uno de los lados habia abierto su pa-

dre una escalera en la roca, la que estaba sembrada de perlas.

Sorprendido corrió á despertar á Caliban y le contó la aparicion de la hechicera. El antiguo criado se alegró, y cuando su amo concluyó, le dijo: —Abel, yo me vuelvo viejo y moriré pronto: preciso es pedir á tu hechicera, para evitarte el trabajo de cultivar el jardin, moler el trigo y sembrar las legumbres, que mande hacer estas faenas á los espíritus foletos sus servidores.

— ¡Si pudiese hacerte inmortal! dijo Abel; pero esto no está en las atribuciones de las hechiceras. Sin embargo, como este punto es dudoso, volveré á leer el *Gabinete de las Hechiceras* á ver si encuentro algun ejemplo favorable. Caliban se alegró esperando que en alguna página olvidada encontraria Abel un despacho de inmortalidad para ambos.

Abel salió, y el primer objeto que hirió su vista fué, á unos cien pasos de la cabaña, una masa blanquizca que no estaba acostumbrado á ver. Acordábase que en aquel mismo sitio existia antes alguna cosa; pero solo despues de una hora de meditacion vino en conocimiento de que era el enorme matorral que le habia ocultado á Catalina la primera vez que ella se habia aventurado á ir á la colina. Corrió y vió que el matorral habia sido quemado para descubrir una enorme piedra alrededor de la cual crecia y la que ocultaba á todas las miradas. Esta piedra era cuadrada, y vió extraños caracteres trazados sobre la lápida que cubria esta especie de monumento místico. Debajo de esta piedra se encontraba una gran tabla, sepultada por muchos años debajo del terreno: habíase cavado la tierra, y esta tabla, en medio de

la cual habia una gran anilla de hierro, estaba libre de cuanto la habia ocultado. Este trabajo bastante considerable se verificó sin que Abel le hubiese oído, y esta reflexion le hizo pensar que era un chasco de la hermosa *Hechicera de las Perlas*, y que este monumento y sus caracteres jeroglíficos significaban cosas muy importantes.

Echóse en el suelo con el oído en la tabla, y oyó un ruido sordo que creyó era producido por algunos espíritus foletos; pero realmente le producía la misma causa que hace retumbar la ola del mar en las conchas que los muchachos se aplican en los oídos.

Levantóse y procuró interpretar los caracteres, pero fué imposible, porque carecian de sentido, á pesar de que Abel distinguió algunas cifras borradas por el tiempo.

Miraba todavía este singular monumento cuando oyó un paso ligero como el de una fantasma; creyó que era la hechicera, pero levantó la cabeza y vió á Catalina, que no obstante sus penas se acercaba alegremente á él. Abel no pudo ocultar un momento de despecho al ver que se engañaba : este gesto no se ocultó á la penetración de Catalina.

—¿Qué teneis? le dijo temblando como una hoja de invierno.

—Creia, respondió Abel, con una dulce sonrisa, que por el pronto tranquilizó á la pobre Catalina, creia que era la hechicera...

—¿Qué hechicera? dijo con sorpresa.

—La de las perlas, replicó Abel con ojos brillantes de amor; ¡oh! ¡qué hermosa es!... pero ¿qué tienes, Catalina, apartas los ojos?...

—Sí, dijo con voz ahogada, no podía ver los vuestros cuando tienen esa espresion... y no soy yo la que la causa, pensó para sí.

— ¡Qué tienes, Catalina! dijo con dulce acento, ¿lloras? ¿padeces?

— ¡Oh! ¡sí, padezco! y Catalina sollozaba; se vuelve y le ve llorar: ¡tú lloras también! replicó; en el instante se secaron sus lágrimas.

— ¿Puedo acaso ver tu pena sin experimentar? contestó Abel; ¿no eres tú mi hermana?

— Y bien, dijo Catalina disimulando su desesperacion, ¿qué hechicera es esa?

Abel, con todo el fuego de la juventud, con todo el fuego del amor, le hizo una descripcion animada y brillante de la aparicion celestial que habia tenido por la noche: á cada instante las mas enérgicas

frases de un lenguaje, que el roce de la civilización no había alterado, se asomaron á sus inflamados labios, é instruyeron demasiado á la desgraciada Catalina, que escuchaba con placer aquella sentencia de muerte, como un criminal arrepentido que mira como una necesidad su suplicio.

— En fin, dijo Abel señalando al cielo, solo detrás de esa azulada bóveda nacen y viven flores tan brillantes; vienen de los jardines de tu Dios, á quien amo yo mucho mas, desde que ha permitido que viese rosas que han habitado junto á su trono, y que despiden un rocío de luz, de perfumes y de gracias del cual no tiene ejemplo la naturaleza de aquí abajo. Sí, Catalina, la blancura de un lirio, los mil colores de los pájaros de Oriente, el dulce canto de los cisnes, el olor del ámbar, el rostro de las hurís de Mahoma, todas estas mara-

villas juntas son inferiores á esa obra maestra.

— ¿La amareis?... dijo Catalina estremeciéndose y esperando su contestacion.

— ¡No me atrevo, porque temo que mi amor empañe su pureza!...

— ¿Pero si es hermosa, añadió Catalina, y no os ama?...

— ¡Despiertas en mí demasiadas sensaciones! dijo llevando la mano al corazon; ¡me ahogan!...

— Vos la amais y ella os amará, replicó Catalina deshaciéndose en lágrimas; porque una mujer que os ha visto no puede olvidar nunca la dulzura de vuestro rostro... Catalina huyó á través de las zarzas... pero se detuvo; volvió atrás precipitadamente, y, sentándose junto á él en la gran piedra, le dijo: Abel, sé feliz y yo lo seré... Levantóse y desapareció.

Abel se quedó pensativo y la siguió con la vista. Durante algun tiempo no pensó en la *Hechicera de las Perlas*. Las palabras y las miradas espresivas de Catalina le habían afectado; pero no pasó esto de ser una vaga preocupacion que tenia su origen en un sentimiento confuso que no procuró aclarar.

---

## VII.

### LA LÁMPARA MARAVILLOSA.

---

Por espacio de algunos dias el alma de Abel vivió del recuerdo que le habia dejado la aparicion de la *Hechicera de las Perlas*, pero pronto sintió una necesidad de volverla á ver, que no tardó en rayar en impaciencia; por la noche velaba, á fin de no

perder un solo momento la vista de su hermosa hechicera cuando se presentara. Adornábase con pretensiones, y mojábase los cabellos en la cristalina agua de la fuente mientras que Caliban procuraba dejar tan blanco como la nieve el hermoso cuello bordado; luego cruzaba Abel en su pierna las trenzas que sujetaban sus sandalias, en las cuales parecía su pié el de una estatua antigua.

Una tarde cogió con Caliban un enorme ramo de rosas, y con sus hojas entapizó el laboratorio. Limpió la chimenea por la cual bajaba la hechicera, y colgó en ella varios ramos de lilas, á fin de que encontrase un camino perfumado.

La noche siguiente, á las doce, hora favorita de todas las hechiceras, porque el silencio y el misterio que tanto agrada á sus almas amorosas, reina entonces en to-

das partes, oyóse en la cabaña una música divina, unida al canto argentino y cariñoso de la *Hechicera de las Perlas*. Esta melodía parecía bajar de las nubes. Abel despertó al momento y vió á la hechicera en medio de su cortejo de luz que se estendia en todo el laboratorio.

La graciosa hechicera se habia sentado en el sillón carcomido y miraba dormir á su protegido; luego que Abel abrió los ojos, dejó ella de cantar y su rostro tomó una espresion menos cariñosa. Abel, que desde la primera aparicion se acostaba vestido, se levantó y fué á arrodillarse á algunos pasos de la *Hechicera*. Entre los dos reinó un momento de silencio, porque parecia que ella se complacia en admirar al jóven, cuyas miradas la recorrian ávidamente, como si hubiese vuelto á ver despues de una larga separacion á un amigo tierna-

mente amado. En fin, díjole con encantadora sencillez :

— Segun veo, habeis roto la redoma en que mi padre os habia encerrado ?

— Sí, contestó sonriéndose, y porque me ha arrancado de las manos de mi enemigo, un encantador, he jurado protegeros.

— ¡Protegerme!..... repitió lentamente con el acento del pesar y la mirada del sentimiento.

— ¿Qué mas quereis de mí?..... dijo la hechicera, que le comprendió perfectamente.

— No sé, respondió ; pero despues de un momento de silencio y de duda, añadió con ese aire á la vez sumiso y apasionado que presta tanta fuerza á las palabras de amor : — ¡ Quisiera no separarme nunca de vos !..... ¿ no me habeis hecho insopor-

table la vida? ¿Qué sería de mí si no pensase en vos y si vuestra imagen no me ocupase incesantemente?..... Una cosa, sin embargo, no me gusta ahora sino por la relacion que existe entre ella y vos. Mi alma estaba llena de placer al coger estas rosas, porque vos debiais pisar las hojas que yo he esparcido aquí. En otro tiempo, me gustaba oír el murmullo de nuestra fuente, y contemplaba sin deseos el campo y el cielo; ahora todo esto solo tiene atractivos para mí porque creo veros y oiros en todos los objetos. Hermosa hechicera, yo ignoro en qué sitio está vuestra morada..... pero sé que vivís tambien aquí!..... Y señalaba su corazon.

La hechicera le escuchaba con placer (porque las hechiceras son mujeres). Le señaló con su varita de nácar el escaño, como para indicarle que se sentára; Abel

se colocó en él con timidez y sin perder de vista la hechicera. Al sentarse vió la hermosa lámpara que brillaba en la chimenea y la consideró por un momento con sorpresa y en silencio. La hechicera le miró, y adivinando su pensamiento se sonrió.

— Hermosa hechicera, dijo Abel, ¿podriais prolongar la existencia de Caliban?

— Podemos, contestó con melodiosa voz, dar ó quitar la vida, pero no hacerla durar mas de lo que está marcado; Dios nos lo ha prohibido.

— ¿Luego reconocéis al Dios de Catalina?

— ¿Quién es Catalina? exclamó la hechicera saliendo de su estudiada impasibilidad; ¿es alguna hermosa jóven á quien amais?

— ¡Oh! ¡yo no la amo!..... replicó vi-

vamente Abel; porque nos reimos juntos, le agarro la mano y sin embargo á su lado permanezco siempre dueño de mí mismo. En fin, la quiero como á una hermana..... ¡ El otro dia estaba apesadumbrada y lloré con ella !.....

— Escuchad, Abel: ¡ si teneis algo que pedirme, hablad, puedo concederos cuanto querais !.....

— Nada quiero para mí, porque en este momento soy feliz; pero conozco que tendria mucho gusto en volver á ver á mi padre y á mi madre *la hechicera Buena*. Vos debeis conocerlos; concededme pues que pueda gozar otra vez de su dulce aspecto.

— Es preciso, contestó la hechicera, que consulte antes mis libros, y, si está en mis atribuciones el hacerlo, os los enseñaré.

— ¡ Ah ! dulce hechicera, exclamó Abel, quisiera tambien ver vuestro palacio, el sitio de vuestra habitual morada.

— ¿ Y por qué ?

— Porque entonces os veria siempre allí y nunca estariais ausente para mí.

Esta contestacion la complació extraordinariamente y prometió á Abel satisfacer sus deseos : dirigióle una mirada llena de amabilidad y que acaso espresaba un sentimiento mas delicado, é hizo ademan de retirarse.

— ¡ Ah ! quedaos, dijo Abel agarrando su hermosa mano, la que ella retiró con violencia. El pobre jóven, leyendo el disgusto en el rostro de la *Hechicera de las Perlas*, creyó haberla ofendido; retiróse avergonzado; miróla con el aire de un culpable que implora su perdon, y una lágrima rodó en sus ojos.

La hechicera, sumamente conmovida, se acercó á él y colocó su mano en los labios del jóven Abel, quien imprimió en ella un beso tierno y respetuoso, y sintió que temblaba aquella suave mano.

En esta segunda entrevista, la hechicera estaba ya como cortada; de su rostro habia desaparecido el aire risueño que Abel notó la primera vez; pero el hijo del alquimista estaba demasiado conmovido para advertir el cambio. La hechicera examinó con atencion el laboratorio, y sobre todo los vestidos del alquimista y de su mujer; volvióse luego hácia Abel y le dijo:

—El rocío va á destilar sobre las flores, la aurora se levanta; esta es la hora en que desaparecemos. ¡ Adios!

Y ligera y graciosa, se apoderó de su brillante lámpara, y lanzándose en la chi-

menea, se elevó como una ardilla que sube á un arbol balanceándose en las ramas y jugueteando con las hojas.

Abel se quedó aturdido: esta segunda visita de la hechicera habia desenvuelto el sentimiento que, desde la primera, flotaba indistintamente en el alma del inocente jóven. Sin embargo, no era aun amor en el sentido espreso de esta palabra, porque le faltaba la esperanza. Despues de la desaparicion de la hechicera, Abel se acordó de la estraña espresion que tomaba por momentos el rostro de aquella celestial criatura, y del embarazo para él inesplicable que ella revelaba en su continente. Permaneció hasta que amañeció en esta meditacion, y Caliban le encontró en la misma postura en que le habia dejado la hechicera.

— Caliban, me ha dicho que no podia

retardar el instante de tu muerte..... Caliban miró la tierra con tristeza, y, cuando levantó la cabeza, vió Abel una gruesa lágrima que rodaba por las arrugas del anciano.

— Abel, será preciso que nos separemos!..... pero al menos me colocarás al lado de tu padre, ¿no es verdad?..... Abel se lo prometió.

Algunos dias despues la hechicera se le apareció otra vez, y le advirtió que debía resolverse á correr los mayores peligros si queria ver el palacio que ella habitaba. Abel le contestó que nada podia detenerle delante de semejante perspectiva. La hechicera le dió su varita de nácar, que, por esta vez únicamente, obedeceria á las órdenes que un extranjero le intimase, y le habló en estos términos :

— Mañana, Abel, cuando toda la natu-

raleza esté sumergida en el sueño y hayas oído dar las doce en el reloj de la aldea, herirás con esa varita la piedra que se encuentra á cien pasos de tu cabaña; se levantará y te abrirá un abismo en el que te precipitarás; cuando tus piés encuentren el suelo, marcharás decidido hasta que veas una luz, visible solo para tí, la que te guiará á mi palacio. La hechicera desapareció como las otras veces. Abel tenia en la mano la varita, y no cesaba de besarla, pensando que las manos de la hechicera la habian tocado. No sabia qué hacer de ella: ya la colocaba en un sitio, ya en otro; ya se alejaba, ya volvía á verla como si hubiese sido la misma hechicera.

Cuando Napoleon tenia encorvada la Europa bajo su poderosa mano y se presentaba á los hombres rodeado de un res-

plandor sobrehumano, confió su cartera á un auditor jóven que debía seguirle al ejército.

El auditor, cuando tuvo la cartera, no supo qué hacer de ella: consultaba con todo el mundo preguntando cómo se tenía la cartera de un emperador, y en qué preciosa sustancia se la encerraba. No la perdía de vista, como si Napoleon y su genio hubiesen estado contenidos en ella. Si alguien pasaba por su lado, le miraba con inquietud: ¿iba alguien á visitarle? antes de preguntarle cómo estaba, le enseñaba la cartera, y decia á todo el mundo que tenía en su casa la cartera de S. M.; en fin, estaba loco..... Lo mismo le sucedia á Abel con la varita de la hechicera, con la diferencia de que las locuras del amor revelan una organizacion jóven todavía, mientras que las monadas del audi-

tor anunciaban una alma mezquina. Júz-guese si Abel desearia que llegase la hora indicada.

Caliban se empeñó en acompañarle, y los dos se dirigieron á media noche á la piedra en cuestion. Cuando la última campanada del reloj resonó en los aires, Abel hirió dulcemente la piedra, la que se levantó con estrépito: la abertura vomitó una gran cantidad de llamas, y Caliban miró á Abel con espanto; pero el intrépido jóven, cerrando los ojos, se precipitó en el cráter del nuevo volcan y su criado le siguió. Cayeron encima de una materia blanda y flexible; oyeron el estrépito que produjo la piedra al volver á su sitio, y se encontraron en la mas horrorosa oscuridad. Abel se levantó, y, alargando la mano, marchó animosamente llamando á Caliban, pero no oyó á su fiel servidor: tentó

por todas partes para encontrarle, pero fué en vano y se decidió á seguir adelante. Bajó mucho tiempo sin encontrar ningun obstáculo: el mas profundo silencio reinaba, lo mismo que la mayor oscuridad: anduvo tan largo rato, rodeado siempre de su aterrador cortejo, que creyó que debía haber venido el dia. De pronto sonó un ruido terrible como el estampido de un trueno, la bóveda bajo la cual marchaba se estremeció y parecia que iba á desplomarse. Despues de este estremecimiento de terror involuntario, siguió su camino; pero á cada paso se aumentaba el ruido y se acercaba. Abel se detuvo y se sentó en una piedra fria desde la que presenció el mas terrible espectáculo. En efecto, sus miradas se fijaban hácia su frente por un movimiento natural y procuraba ver: este esfuerzo le fatigaba. El

ruido cesó y á lo léjos apareció un punto luminoso. Insensiblemente se estendió este resplandor, tomó cuerpo, y este cuerpo era el de un gigante que, con una maza, se acercó bruscamente y levantó sobre la cabeza de Abel el tronco de árbol que hacia mover. Abel se levantó y corrió hácia el gigante; pero oyó una carcajada aterradora, y el gigante se puso á bailar sin bajar su maza.

Entonces corrió Abel con rapidez hácia la espantosa vision: cuando iba ya á alcanzarla, se resolvió el gigante en una línea sumamente delgada, y se transformó en una serpiente que silbaba con todas sus fuerzas, y se lanzó á cada momento sobre Abel, quien, en tal perplejidad, procuraba alcanzarla con la varita de nácar. En el momento que la tocó con la varita, se retiró á lo mas oscuro, desde donde

volvió con furor; durante el camino, se transformó de repente en esqueleto, su cuerpo se balanceó sobre dos huesos descarnados y Abel vió la luz á través de sus vacías costillas, oyó rechinar los huesos y en fin estalló una risa infernal que le heló de terror. En este momento la hechicera y todos sus risueños atractivos se presentan á la imaginacion del jóven, quien cerró los ojos y se puso á correr hácia adelante; cuando estuvo cansado, se sentó, abrió los ojos y nada vió. Levantóse á poco rato y prosiguió su camino: divisó una suave claridad al extremo del subterráneo que acababa de recorrer, y cuando la alcanzó no vió mas que las aguas de un lago que reflejaba una multitud de luces.

Pronto se encontró en una gruta enlosada de conchas á cual mas raras: esta gruta estaba á la orilla de un cristalino

lago rodeado de árboles luminosos. Un esquife dorado flotaba delante del animoso jóven, y se precipitó en él procurando guiarle hácia un magnífico pabellon chino que veia por primera vez en realidad. Luego que estuvo en el esquife, de los dos lados de la ribera una dulce música esparció en los aires los ecos mas armoniosos.

Abel gozaba del espectáculo mas magnífico que podia lisonjear su alma, propensa siempre á lo maravilloso; navegaba por un lago en medio de un océano de luz que oscurecia el brillo de las estrellas de un cielo puro como el agua que con sus luminosas olas acariciaba el esquife. Veia un pabellon chino que se elevaba del seno de las aguas, cuyos ángulos y extremos estaban todos guarnecidos de perlas como huevos, y el que despedia

un resplandor luminoso como la hechicera que en aquel sitio moraba. Las aguas se perdian debajo del pabellon divino, y á través de sus cristales se veian figuras que se movian y bailaban como las sílfides.

Cuando su esquife atracó al pabellon, oyó una música deliciosa y los gritos de alegría de las hechiceras que bailaban. Saltó en tierra y dos grandes y fuertes desconocidos se apoderaron de él, le metieron en una especie de arca y se lo llevaron con una estremada rapidez; quiso romper el arca, pero las carcajadas que siguieron á sus vanos esfuerzos le recordaron que las fuerzas humanas eran impotentes contra los encantamientos de las hechiceras.

En fin, resonó el mismo ruido que habia oido durante su penoso tránsito; el

arca en que estaba encerrado se rompió, y se encontró solo, en medio de una nube blanquecina, en un sitio que representaba todo lo que él se figuraba del palacio de una hechicera.

Era un salon circular, la cúpula estaba sostenida por columnas de mármol blanco, y el intervalo que mediaba de una á otra estaba guarnecido de una tela encarnada muy preciosa sujeta por garras de leon de oro.

El pavimento, compuesto de maderas preciosas, representaba los mas ingeniosos dibujos: una araña que creyó de diamantes estaba colgada de la bóveda que le parecia un cielo; tal era la mágica habilidad con que estaba pintado, y esta araña despedia rayos cuyo resplandor no podia resistir. Del seno de cuatro trébedes de oro se exhalaban los mas aromáticos

perfumes: alrededor de este maravilloso salon habia un divan en el que se encontraban con profusion almohadones de púrpura, y hermosos dorados aumentaban la riqueza de la madera. Entre cada columna se elevaba un pedestal de bronce, sobre el cual habia hermosas estátuas levantadas en honor de las mas célebres hechiceras; leyó en ellas los nombres de las hechiceras Urgela, Hermosa y de las Aguas.

Tal fué su sorpresa, que no reparó en una puerta abierta y fue preciso que oyesse en la pieza inmediata una voz muy conocida para que se precipitase inmediatamente en ella..... ¡Otra sorpresa!

Entró en la morada favorita de la hechicera. La luz se introducía por el techo á través de un cielo raso compuesto de una tela blanca como la nieve y suma-

mente plegado de modo que la claridad era dulce como la misma hechicera.

Este recinto era cuadrado. En los cuatro ángulos habia otros tantos pedestales de cristal, y encima de estos, preciosos trébedes de los que se exhalaban suaves perfumes. Cuando Abel hubo entrado perdió de vista la puerta, porque las paredes estaban guarnecidas de una sustancia preciosa, á manera de niebla, que dejaba sin embargo brillar grandes conchas de nácar artísticamente colocadas, y cuyas brillantes estrias de diversos colores decoraban este gabinete de la hechicera. Cada concha contenia un grano de perla muy bien imitado; y el plinto, tanto del techo como del pavimento, estaba figurado por un cinturón de perlas, de medio pié de ancho. Todos los muebles eran de nácar con adornos de plata, y las colgaduras de raso

blanco con perlas pintadas. Grandes jarrones de flores despedían el olor del jazmin, del narciso y del mirto.

En medio de la pieza una gran fuente de alabastro esculpida contenía un Amor que arrojaba en una concha un agua cristalina que se elevaba hasta la mitad de la altura de la habitación y se escapaba en seguida por la columna de mármol sobre la que estaba colocada la fuente. En fin, en el fondo de esta especie de blanquecina nube vió Abel, con la mayor sorpresa, una estrada de plata en la que la hechicera estaba recostada sobre un lecho que le pareció de rocío; tan blancos eran los tejidos que pisaba. Una multitud de perlas, sembradas en todo lo que le rodeaba, daba á conocer á la *Hechicera de las Perlas*, y su belleza era tan verdadera, que luego que se la miraba, desaparecía la

magnificencia del sitio y no se veía mas que á ella.

En un *somno* de plata la hermosa lámpara de bronce despedía una claridad misteriosa, no arrojando mas luz que la precisa para percibir la belleza de aquel asilo, que un resplandor demasiado vivo hubiera afeado considerablemente.

La hermosa hechicera se levantó y corrió hácia Abel: no oyó el ruido de sus pasos porque andaba por encima de una alfombra blanca como la nieve; en fin, estaba sumergido en un arrobamiento tal, que no podía pronunciar una sola palabra. Contempló á la hechicera, cayó á sus piés, recostó en ellos su amorosa cabeza y los cubrió de besos, acariciándolos con los bucles de su bella cabellera. La diosa gozaba de su sorpresa con un placer inespliable.

— Vamos, levantaos, le dijo con encantadora voz, y no hagais locuras.

Si Abel hubiese podido ver el color que cubria el rostro de la diosa, su alegría hubiera sido extraordinaria. Arrastró al joven á un sofá de raso blanco, sentáronse juntos, y la hechicera, recobrando su varita, dió tres golpes en el *somno*.

Como por encanto resonó una música aérea; Abel, estasiado, agarró la mano de la hechicera; permanecieron el uno al lado del otro mientras que duró la música, y el pobre Abel, embriagado de amor, confundió su alma con la de su amiga. Sus ojos iban á cada momento á morir en los de la hechicera; quien, lejos de desaprobareste mudo homenaje, se complacia en él. En fin, en el momento en que tres voces divinas cantaron en un idioma desconocido, cuyas notas eran otros tantos acen-

tos de amor, Abel y la hechicera se apretaron recíprocamente la mano, se ruborizaron y sus corazones latieron juntos. La hechicera retiró insensiblemente la mano, y Abel creyó haberlo perdido todo cuando no tocó ya los delicados dedos de aquel ángel de amor y de hermosura.

— ¿Por qué, dijo, por qué os he pedido venir á estos sitios? ya no puedo vivir en la tierra, pero sí en esta nube, que vos habitais: mi cabaña, mi jardín, mis flores, todo me lo habeis arrebatado; porque todo me disgusta, y vos nada me habeis dado.

— Ingrato, dijo la hechicera algo pica-da, ¿no tienes en ningun aprecio el recuerdo de este momento que hasta para mí tantos atractivos tiene? ; Sí, mi palacio está *lleno!* es espléndido, añadió con viveza, magnífico; pero recordad, Abel, que la

morada mas brillante de una hechicera es un corazon puro, un corazon que solo á ella pertenezca, un corazon grande, generoso, sensible.

Abel la miró con un ademan que indicaba que le ofrecia el suyo.

—Os entiendo, dijo con fina sonrisa; os entiendo, Abel... pero para comunicar con los genios se necesitan conocimientos muy vastos que vos no teneis.

—¿Y puedo adquirirlos? preguntó con interés.

—Sí, contestó; si lo conseguís tendré una prueba... de vuestra... aptitud para las ciencias.

—Bella hechicera, dijo Abel, me habeis prometido evocarme la sombra de mi padre... ¡Ah! si podeis hacerlo!

La hechicera se levantó, le agarró de la mano, y mientras que él miraba aquella

blanca bóveda que despedía un resplandor brillante, imprimió ella en aquella mano querida un beso, reuniendo su alma en el ligero espacio que sus labios abrazaron; Abel se volvió, pero la majestuosa hechicera tomó un aire de fría dignidad, y ahogó su placer en el fondo de su alma. Abel bajó los ojos y la hechicera tocó con su varita una concha que desapareció al momento : un ligero ruido llamó la atención del jóven que vió á su padre soplando la lumbre de sus hornillos, y á su madre bordando su cuello : llevó la mano á sus hombros para asegurarse de que aun estaba en ellos esta prenda del amor maternal, y se quedó mudo de estupor. Dió un grito, dió un paso hácia adelante, alargó la mano, pero fué detenido por una sustancia fría como el hielo y dura como el diamante, y se desmayó.

Cuando volvió en sí se encontró en los brazos de la hechicera, que estaba mas pálida que él; tenia en la mano un pañuelo con el cual le limpiaba el rostro; este instante fué uno de los mas hermosos de su vida; sus ojos encontraron los de la hechicera que le miraba con inquietud y amor: contemplar tan hermoso rostro fué una sensacion deliciosa; nacia al mundo, pero con la diferencia de que se sentia nacer y que creia recibir su existencia de los ojos de la hechicera. No conservaba ningun recuerdo. Sumergido en una calma llena de atractivos, tranquilo, feliz, extraño á la tierra, no sabia ni quién era, ni dónde se hallaba... Amaba y veia al objeto de su amor que se sonreia, en el seno de una nube de deleite, de gracia y de riqueza.

*La Hechicera de las Perlas* estaba peinada

de modo que parecia un ángel; Abel creyó estar en el cielo; pero cuando ella le vió abrir los ojos, le dejó y salió. Abel se encontró de este modo solo en aquel lugar de delicias con su éstasis y sus recuerdos. Despues de un arrobamiento de amor, suave como el aire de la patria, vió la lámpara; y acordándose de la historia de Aladin, concibió la idea de apropiarse la de la hechicera, á la que no por eso perjudicaba de manera alguna.—Porque, se decia á sí mismo, si es un talisman á ella no le faltan, y si no es mas que una lámpara, no la privaré por cierto de un mueble muy precioso.

Lo que le confirmó en la idea de que esta lámpara era un talisman, fué su mucha sencillez, porque era de bronce sin adorno alguno; y además una hechicera nada debe tener que no esté encantado. En re-

sumidas cuentas apagó la lámpara y se la guardó, prometiéndose ensayarla á la primera ocasion.

La hechicera no tardó en volver, trayendo en un vaso precioso y blanco un brebaje que hizo beber á Abel. Mientras que este bebia, reparó fácilmente la hechicera en el robo que acababa de hacerle; y acordándose del modo con que había mirado la lámpara, adivinó con qué intencion se habia cometido el robo.

—Ingrato, exclamó con voz armoniosa á pesar de que se esforzaba en que pareciera severa, os colmo de beneficios, satisfago vuestros deseos, hago por vos lo que ninguna hechicera ha hecho por nadie, puesto que os introduzco en mi morada, esponiéndome á ser reprendida por todas las hechiceras que lo sepan... y vos os apoderais de uno de mis mas preciosos ta-

lismanes, el que tan caro ha vendido un encantador en el gran bazar!...

Abel estaba á sus piés : — Hermosa hechicera, no os enfadeis si no quereis verme morir de pena.

—Id, continuó, mi venganza es dárosla, diciéndoos lo que debéis hacer para serviros de ella. Frotadla en la gran piedra cabalística que está junto á vuestra cabaña, llamad tres veces con el pié izquierdo en la tabla que está al lado de la piedra (tabla preciosa que vuestro padre habia enterrado, y que tanto trabajo me ha costado encontrarla); entonces obtendreis del genio de la lámpara cuanto querais. Adios, mereced mi presencia.

Agarróle de la mano, y saliendo de su misterioso asilo, le guió en la oscuridad á través de una larga galería : la hechicera pronunció algunas palabras en una len-

gua estraña ; tres hombres se apoderaron de él; le pusieron en un mullido almohadon, vendándole los ojos; quedóse dormido, y despues de un largo y profundo sueño, se despertó y se encontró en su cama en el laboratorio. Caliban estaba á su lado sumamente inquieto... Abel creyó que habia soñado, restregóse los ojos y miró á su anciano criado que le contemplaba con sorpresa é interés.

---

(una estrella : 1 or por diez or spots en  
 la est. de Janssens en un punto, cuando  
 los verdaderos los que se dan por  
 los y después de un tiempo de  
 no se han visto y se encuentran en el  
 en el laboratorio. Cada uno está a su  
 exactamente iguales. Así que los  
 los mismos, también los días y años en  
 en las est. con la conservación de  
 en las est.

## VIII.

### ENSAYO DE LA LÁMPARA.

—Caliban, ¿no he soñado? ¿no me has acompañado á un abismo ayer noche?...

—¡Ayer noche! dijo el antiguo criado; antes de ayer, Abel!... porque hace ya un día y una noche que estoy en la mayor inquietud.

Luego que caí en aquel maldito agu-

jero, dos desconocidos se apoderaron de mí y me sujetaron largo rato; al fin abrieron el abismo y me arrojaron otra vez á la tierra. He corrido á buscarte por todas partes, pero todo el mundo ha huido de mí; en fin, he regresado esta noche aquí, y te he encontrado durmiendo.

Abel se levantó, y cuando vió la lámpara no dudó ya de la realidad de su aventura.

—Caliban, exclamaba, ¿somos los reyes de la tierra! ¿ves esta lámpara? es un talisman que la hechicera me ha dado... Y le refirió cuanto le habia sucedido. Caliban, maravillado, dijo á Abel que era preciso ensayar al momento la lámpara. Ambos salieron y corrieron al sitio indicado con un ahinco fácil de concebir.

Abel se acercó á la piedra, frotóla con la lámpara, y con el pié izquierdo llamó

tres veces; despues de esta operacion se retiraron Caliban y él con la candidez de la infancia y se acurrucaron mirando por debajo de la piedra, que de repente fué levantada; un genio encantador, coronado de flores, vestido de blanca gasa guarnecida de perlas y apoyándose con gracia en un horrible negro armado con una reluciente cimitarra, cantó las siguientes palabras con voz armoniosa, dulce y casi tan tierna como la de la hechicera:

«¡Salud, señor adorado, salud! vengo á recibir tus órdenes, prevenir tus deseos, experimentar tus odios y obedecer en todo lo que mandes : haré cuanto quieras, ora sea preciso que como el aire traspase las nubes, ora que lo consuma todo como el fuego ó que corra como una ligera ola, ó que me eleve en columna, ó que me tras-

forme en diamante, ó en el brillante tapiz que tú debas pisar. ¿Qué deseas, señor mio?... habla.

Cuando hubo concluido su canto, Abel y Caliban contemplaron la belleza de aquel grupo, porque el genio parecía una jóven sentada al lado de una estatua de bronce. Abel y Caliban se miraron recíprocamente sin saber qué pedir. Al fin el fiel criado les dijo: — Quiero que nuestro jardín esté cuidado, y que le mandeis arar de modo que solo tenga que sembrar y coger: quiero la harina cernida y blanca como la leche.—Sí, dijo Abel... El genio y el negro desaparecieron, y la piedra, que parecía estar animada, se cerró brusca-mente dejando sorprendidos á Abel y á Caliban; miraron otra vez la tabla y creyeron que estaban soñando. El antiguo criado trató de levantarla por la anilla de

hierro, pero le fué imposible, y ambos se convencieron entonces de que la piedra estaba encantada. Pusieronse á examinar la lámpara con la misma curiosidad que el niño que procura romper un juguete para ver lo que hay dentro.

Sumergido Abel en la mayor confusion á consecuencia de la multitud de sus deseos, no encontró otro medio para poner término á su agitacion que el de pensar en las perfecciones de la hechicera y en el encanto celestial de los últimos momentos que habia pasado á su lado.

El amor se apoderó de todo su sér, y en lo sucesivo le fué preciso unir el recuerdo de la hechicera á todos sus pensamientos, la veia sin cesar y le satisfacía todos sus deseos.

Cuando Caliban entró en la cabaña, la noche empezaba á cerrar : tropezó en un

cuerpo muy pesado que encontró al paso, y cuando fué á tocarlo se hundieron en él sus manos. Retirólas llenas de rica harina de candeál, y se apresuró á trasportar el saco á la cabaña. A través de los vidrios de su camaranchon vió á tres esclavos vestidos de blanco que cavaban un cuadro del jardin á la luz de la luna. Salió y los miró trabajar cruzándose de brazos, complaciéndose en ver que su obra se acababa por encantamiento; acercóse á ellos, y les habló, pero los esclavos nada contestaron ni hicieron el menor movimiento, de modo que parecia que nada habian oido. Calaban, maravillado, bendijo la lámpara, la hechicera, y dió gracias al cielo porque al fin tenia Abel un talisman que no los dejaría carecer de nada.

—Vive Dios, dijo en alta voz, cuarenta años hace que no he comido carne, y será

preciso que pida un espléndido almuerzo para mañana.

Abel estaba fuera : la luz de la luna convidaba á la meditacion ; oyó al pié de la colina una voz melancólica que modulaba las mas tiernas quejas : este himno del padecer, que resonaba en medio del mas solemne silencio, le afectó extraordinariamente.

— ¡Hay séres desgraciados en este valle, dijo, y puedo socorrerlos!... Se adelantó y procuró ver á la que tan tristemente cantaba. Vió una figura que se movia lentamente entre los sonoros álamos que adornaban las márgenes del riachuelo. Parecia una de esas sombras cuyos cuerpos no han obtenido sepultura, y que segun los poetas vagan por las márgenes de la Estigia. Sus movimientos participaban de la indecision de un sér para quien todo es

indiferente, porque una sola idea y un solo deseo ocupa su corazón. Parecía que recorría el valle para despedirse de él.

Un suspiro ahogado anunció á Catalina : Abel corrió á su encuentro , y, enseñándole la lámpara , le dijo con alegría :

—Catalina, pídemelo lo que quieras : este talisman precioso colmará tus deseos...

—¡Ah! contestó; esa lámpara no me podrá dar nunca lo que yo deseo.

—Sí, Catalina... y le contó su última aventura, y la pobre aldeana tuvo el sentimiento de escuchar las expresiones de amor de que Abel se servía.

—¡Ah! Catalina, dijo concluyendo, esa desgracia de la que me hablas de amar sin ser correspondido, la experimento yo también. Cómo decir á una hechicera:—¡Yo os amo!... ¿Cómo atreverse á mirarla, con

este pensamiento que debe leerse en su rostro?

—¿Por qué no amais, dijo Catalina, á una jóven que os tendria en su corazon, y para quien seriais lo que la hechicera es para vos?

Detúvose y reinó un largo silencio. Al cabo de algunos momentos, la jóven que vagaba en el valle hizo oir su canto de desesperacion; decia que amaba en vano. Estos acentos parecieron proféticos á Catalina, que se echó á llorar.

—¡Catalina, exclamó Abel, oh, tú me ocultas alguna pena! procedes mal porque ahora puedo hacer tu felicidad.

—Pensaba, dijo haciendo un esfuerzo, pensaba en esa pobre Julia á quien acabo de oir.

—¿Es ella? preguntó Abel, ¡ah! dila que venga, Catalina, y mi lámpara vencerá to-

dos los obstáculos que la separen de Antonio...

Catalina se precipitó á través de las malezas admirando la bondad del corazón de su amado y sin comprender cómo haría feliz á Julia. Pero iba á buscarla, corría, volaba, porque ella y Julia estaban sumergidas en la misma desgracia, y se trataba de socorrer á su hermana de amores desgraciados.

Julia llegó : era hermosa pero estaba pálida, y en su blanca cara se notaban huellas que decían que estuvo llena de expresión y de alegría antes que el amor hubiese encendido el fuego que brillaba en sus ojos. Sentóse y sus miradas anunciaban una vaga inquietud. Julia no era ya la misma, ó por mejor decir, vivía fuera de sí misma, y en el sitio en que estaba no había mas que sus elegantes y puras

formas, porque su alma viajaba continuamente. Catalina, al contemplarla, leía en sus ojos la suerte que á ella misma le aguardaba; y cuando le dijo que Abel podía casarla con Antonio, un rasgo de esperanza recorrió su rostro como esos fuegos errantes que corren por la ceniza de un papel consumido ya. Miró á Abel, cuya rara hermosura no le llamó la atención, y contestó lentamente con los ojos bajos:— La tumba será mi lecho nupcial, y los cantos de la iglesia serán mi canción de himeneo... Antonio... Antonio... Luego contempló la bóveda de los cielos y las estrellas y el valle.—Adios, adios... dijo.

—Catalina, preguntó Abel, ¿qué se necesita para que se case con el que ama?

—Creo, contestó, que veinte mil francos vencerían todos los obstáculos...

Abel llamó tres veces, frotó la lámpa-

ra, y cuando el genio hubo cantado su himno de obediencia, que sorprendió extraordinariamente á Catalina y á Julia, le pidió veinte mil francos. — Antes de que vuestras arterias hayan latido diez veces, contestó el genio, habreis recibido lo que deseais... Desapareció y á poco rato volvió á aparecer; arrodillóse y enseñó un gran saco de oro que el negro dejó caer en el suelo : aguardaron á que Abel les diese la órden de retirarse, y ambos marcharon cantando.

La fragancia suave llenaba el aire. Catalina y Julia se quedaron sorprendidas, y miraban ya á Abel, ya á la piedra, pero á Abel sobre todo porque les parecia un ángel bajado de los cielos. Julia, la feliz Julia le contempló con una efusion de corazon que hizo brillar en su rostro la embriagadora alegría que causa el amor

correspondido, y recobró en sus movimientos sus primitivas gracias y su soltura.

—¡Si sois un hombre, dijo con dulce sonrisa, sereis en mi alma un rival de Antonio! Vuestro puesto estará siempre al lado del hogar en nuestra cabaña y nadie le ocupará.

—¡Tú eres feliz!... le dijo Catalina suspirando.

—¡Oh, sí, muy feliz!... replicó Julia dirigiendo sus miradas á la quinta en que descansaba su amante. Una sonrisa melancólica se asomó en los labios de Catalina, la que dijo con algun tanto de amargura:—¡Las mujeres que se casan con los que aman practican muy fácilmente la virtud!...

Abel las miraba con inocente curiosidad y no comprendia las demostraciones de

agradecimiento que le dirigian; porque experimentaba un placer tan grande, que hasta cierto punto creia deber algo á Julia y á Catalina.

Agarrólas de la mano, apretólas contra su corazon, lo que hizo estremecer á Catalina, y les dijo con el entusiasmo de la juventud que algunas veces es tierno, porque sale ardiente del alma:

—¡Ah! ¡vosotras me habeis hecho conocer el placer de las hechiceras!... Comunicadme todas las desgracias...

Julia se propuso volver con frecuencia á la piedra de la colina, y las dos jóvenes, levantando el saco lleno de oro, se marcharon volviendo con frecuencia la cabeza. Abel las miró hasta que entraron en la aldea.

---

## IX.

### DEL IMPERIO DE LAS HECHICERAS.

---

Abel se quedó por largo rato sumergido en el recuerdo de la escena anterior.

Creyó que su hechicera iría á visitarle por la noche, pero se engañó y la pasó toda en esperarla, pensando ora en los encantamientos que habia presenciado, ora en el lago brillante que habia atravesado, y sobre todo en la cuna de nácar, en la

que habia admirado á la *Hechicera de las Perlas*. El apretón de manos, por medio del cual se habian manifestado recíprocamente la felicidad que experimentaban al verse, habia producido en Abel una idea viva y nueva; y se la representaba con tanta fidelidad, que creia por instantes sentir la mano de la hechicera entre la suya.

Por la mañana estuvo muy triste: iba á la piedra, procuraba levantarla para encontrar el camino del palacio encantado, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Volvió á sentarse en su rústico banco, tratando de consumir las horas para desfigurarse á sí mismo el tiempo que le separaba de la próxima noche, durante la que esperaba ver á la hechicera. Como todos los hijos de la naturaleza que no tienen nunca mas que una idea, un deseo, Abel no pensaba mas que en una cosa, en la hechicera.

De pronto oyó una voz celestial que murmuraba dulcemente un canto de amor. Ella estaba allí, detrás de él.

Un vestido blanco muy sencillo guarnecido de perlas, un cinturón de raso blanco, rosas blancas en la cabeza y un hermoso coturno blanco componían su traje. Sentóse al lado de Abel, y antes de que hubiese pronunciado una sola palabra, le dijo:

—Vengo á veros, privada de toda mi pompa, porque os habeis colocado al nivel de una hechicera con el uso que habeis hecho del talisman. Abel, añadió algo trémula, la generosidad pura, sin mas miras que las de hacer bien, es una de las perfecciones de Dios, á la que lo deben todo las hechiceras y los hombres... Estoy contenta, dijo mirándole y bajando al momento los ojos.

La dulce sonrisa con que acompañó la última frase embriagó de tal modo al pobre Abel, que no pudo contestar nada, y permanecieron los dos mudos y turbados. La hechicera sobre todo manifestaba gozar de una sensación por mucho tiempo deseada: contemplaba á Abel con un aire de inquietud que al parecer decia: ¿Me contestarás?... Sus ojos respiraban el deseo y el amor; y nada habia que ofreciera mas atractivos que aquel rostro radiante de gracia y de ternura.

— ¡Ah! dijo Abel despues de haberla admirado, dirigiéndole esas miradas á hurtadillas que tanto significan: por mas que os disfraceis con los vestidos de una mortal, siempre se verá que sois una hechicera.

— No, contestó, en este momento ya no soy hechicera; podeis hablarme como á

vuestro igual, y no tengo poder para enfadarme con vos.

Todo el ademán de Abel había dicho ya: *Yo amo*, pero un pudor invencible le impidió pronunciar esta divina palabra que le parecía un verdadero crimen, ó por mejor decir, el temor de ofender á la hechicera y de saber que ella no correspondía un amor tan insensato, retenía cautiva su lengua. En este momento estaba en un grado eminente bajo la influencia de aquel pudor, patrimonio de las almas grandes, que solo permite á la juventud estremecerse á la vista de una belleza, adorarla en silencio y considerarse feliz por haber tocado su mano ó sus vestidos, y besado la huella de sus pasos cuando ha desaparecido.

La hechicerilla conoció al instante este mudo homenaje, y le saboreaba en silen-

cio con un deleite inesplicable! porque ¿quién puede sin experimentar una alegría indecible reinar despóticamente en un corazon lleno de amor, en un corazon en que ningun otro objeto encuentra cabida?

—Abel, dijo, por espacio de algunos dias no me vereis, porque tengo precision de ir á una gran fiesta, á la que concurrirán muchas hechiceras y muchos encantadores.

—¡Qué hermoso debe ser! exclamó Abel, ¡y cuánto deseo ver una de esas fiestas en la que sereis vos la mas hermosa!...

— Nada mas fácil, contestó la hechicera; pero cuando os haya referido lo que en ellas pasa, si no quedan satisfechos vuestros deseos, os llevaré á una. Escuchadme con atencion.

Cuando todo duerme en la naturaleza,

las hechiceras y los encantadores suben á sus carros y llegan unos tras otros al palacio del genio que dá la fiesta: cada cual procura llegar la última á fin de que siendo su traje el último que se vea, obtenga la victoria, porque las hechiceras tienen en mucho aprecio el hacer triunfar sus adornos. Esta circunstancia singular cambia en el imperio de las hechiceras el tiempo y sus modificaciones, porque si deben ir al palacio á las diez de la noche, significa esto á las doce, y nadie llega antes de la una de la mañana. Los encantadores van todos vestidos de negro, porque han pensado muy sábiamente que les era muy provechoso el desterrar todo color, porque los colores son algunas veces un objeto de turbacion y de confusion en el reino de las hechiceras. A fin de evitar los desórdenes, todos se visten de negro, de

modo que solo se los puede conocer por el lenguaje; porque cada color tiene su magia, su modo de hablar y sus costumbres: los genios blancos lo ven todo color de rosa; los genios azules lo ven todo negro, y los genios encarnados no ven gran cosa. Estas diferentes clases de genios tienen una bandera bajo la que se reunen todas sus acciones y pensamientos, y no conocen que todos caminan á un mismo fin por distintos caminos. Hay tambien genios mestizos que pertenecen á todos los colores; pero su diccionario es tan reducido y su vientre tan inmenso, que se los aprecia muy poco, porque están siempre por el color dominante. Dicen siempre lo mismo, y se parecen á las estátuas de nuestros jardines, que pertenecen sucesivamente á todos los propietarios, de modo que se los conoce al instante, tanto mas, cuanto que

no tienen varita, porque su poder está subordinado al del encantador del día; lo que hace que tengan siempre hambre y que estén siempre dispuestos á comer por el hambre que en lo sucesivo puedan tener, porque temen que si alguno de los tres partidos llega á adquirir bastante fuerza para no necesitarlos, no los deje ser por mas tiempo lo que son, es decir, caballos para todas las sillas, sacos para toda clase de granos, conciencias móviles, y en fin, temen que se los envíe á reinar en los aires, á dirigir las nubes fugaces, á agruparse en forma de niebla alrededor del sol ú oscurecer los colores del arco iris.

Encantadores de todas estas clases asisten á la reunion con una multitud de hechiceras, y hé aquí lo que pasa. Cuando llegan las hechiceras ancianas, se las coloca en bancos de preferencia pegados á la

pared, y desde ellos se contentan con ver lo que se hace sin tomar parte en ello, porque son viejas; pero su lengua, que ha heredado toda la actividad de su cuerpo, las indemniza murmurando de las jóvenes y de los encantadores. Si un genio mira demasiado á una hechicerilla, gritan escándalo, y todos aquellos tapices se sublevan como si se tratara de una revolucion. Como todo se ha previsto, las hechiceras ancianas tienen pedacitos de madera guarnecidos de cabretilla, y cuando se fastidian estienden la cabretilla delante de su cara y bostezan en silencio; porque en el imperio de las hechiceras solo se permite abrir la boca para hablar y comer. Las hechiceras ancianas guardan los asientos y los pañuelos á las jóvenes y les hacen otros mil favores, como por ejemplo descubrir á los encantadores que tal hechicera que pa-

rece derecha como un junco solo consigue tener un talle delicioso á fuerza de colocarse almohadillas en las caderas. A una legua de distancia conocen las hechiceras que han colocado una sustancia encarnada en sus pálidas mejillas y dicen á los encantadores jóvenes que cuiden de no besarlas si no quieren quitarles el colorete; adivinan las barajas que han colocado en el fondo de su calzado cuando son demasiado bajas, y todas las astucias que ellas han practicado en otro tiempo. Las jóvenes se vengan de ellas pisando el rabo de sus perritos, por los que deliran todas las hechiceras ancianas. En efecto, si el perro muere, conservan el retrato en su caja como el de un amante querido, ó bien se burlan las jóvenes de las pretensiones de las ancianas, y de esto, querido Abel, resulta un gran entretenimiento.

El palacio está todo iluminado por fuegos artificiales reproducidos por diamantes, y está adornado de conchas derretidas y reducidas á grandes espejos, á fin de que una hechicera, al pasar, pueda ver si su traje ha sufrido algun desórden, y hacer señas á tal encantador contestando á las que él le ha hecho y que ella ha comprendido.

Cuando ha llegado casi todo el mundo, cada encantador se apodera de una hechicera, y al son de la música se ponen todos á bailar y á atravesar la sala principal del palacio, con maneras mas ó menos graciosas, trazando estrañas figuras, y parece que se desafian á quién saltará, bailará, atravesará con mas inteligencia y aplomo. En fin, mientras que todo el mundo salta, baila y manifiesta divertirse, se tratan los negocios mas serios. Un genio que

salta es mucho mas tratable que ningun otro, porque se obtiene muy fácilmente lo que de él se desea. Si uno de vosotros entrase entonces sin oír la música, gozaria del espectáculo mas original que hay en el mundo: veria á doscientas divinidades casi siempre en el aire, saltando sin objeto, sin querer oír nada, y meneando á porfía la cabeza, los ojos y la lengua. Para estas momentáneas y necias fiestas, para estas danzas aéreas, se prodigan los trajes mas suntuosos, siendo así que su valor bastaria para aliviar á miles de desgraciados.

En fin, los encantadores y las hechiceras ancianas, cuyas articulaciones están contraídas y cuyas fibras son demasiado duras, y los que, por consiguiente, no pueden saltar ya, se reúnen en otros salones, alrededor de una mesa, ocupados en

mirar á dos encantadores que tienen en las manos unos cartoncillos; esa es su ocupacion mas sublime, su lenguaje mas querido, su diversion favorita, sus sueños, su único pensamiento.

En efecto, mientras que dura la fiesta, la sala en que están las mesas y los cartones no se desocupa un solo momento; todos los genios azules, blancos ó encarnados (porque en aquel instante clases, opiniones, distinciones, todo desaparece) no apartan la vista de los cartones que van y vienen. Si uno de vosotros, queriendo aprovechar los discursos admirables que los encantadores mas célebres deben pronunciar cuando se reúnen, escuchase, oiría: cuatro por cuatro, tres por uno, uno por dos, uno por tres, uno por cuatro, cuatro por nada, tres por nada. ¡Pase! Perdí... ¡Está hecho el juego! ¡ caso veinte fran-

cos! El rey, bola, marco tres tantos; copas juegan... descarto... ¿cuántas? etc. Estas palabras y estos cartones tienen un atractivo tal que las hechiceras y los genios se olvidan de beber y de comer, y aun cuando la sala se hundiera, no lo notarían si no se les anunciaba.

Cuando las hechiceras y los genios están cansados de atravesar en todas direcciones y ven romper el día, desfilan sin decir nada al encantador que los ha recibido, y como tampoco le han buscado al entrar, sucede con frecuencia que un encantador que dá una fiesta no sabe quiénes son los genios que ha visto.

Tal es la diversion mas principal de las hechiceras: este es uno de sus placeres favoritos, y mientras dura olvidan la tierra y sus habitantes, los desgraciados, los enfermos, en una palabra, lo olvidan todo, y

hasta procuran en estas asambleas emplear un lenguaje chistoso por medio del cual hasta las cesas mas formales y mas lamentables son presentadas bajo una forma burlona y ridícula. Si una hermosa hechicerilla sabe que el hambre devasta una comarca y que sus habitantes no tienen un grano de trigo para hacer pan, contesta:

— ¿Por qué no comen patatas?

— Prefiero socorrer alguna Julia con mi lámpara, á disfrutar de esos placeres, dijo Abel.

— Querido mio, exclamó la hechicera, ¡vos sois feliz porque vivís solo en vuestra cabaña!... porque el imperio de las hechiceras tiene otras particularidades que os explicaré algun día, y compramos nuestro poder mucho mas caro de lo que podeis pensar.

— Existe sin embargo un sitio, respondió tímidamente, en que todas las cabañas son moradas del dolor cuando se le ha visto...

— Os comprendo, contestó la hechicera sonriéndose: ¡y bien! ¿no quereis acompañarme un momento... hácia ese sitio terrestre?

Levantóse, y agarrándole de la mano, marcharon juntos hácia la selva. Abel tenía la cabeza llena de ideas nuevas que la relacion de la hechicera acababa de sugerirle; el silencio era entre ellos como un amigo comun que les habia servido de mediador y á quien habian confiado: y de cuando en cuando miraba Abel á hurtadillas á su hermosa compañera, como si tuviese que confiarle algun pensamiento secreto; bajaba en seguida los ojos y no podia hablar, por miedo de ofender-

1a. En estos momentos se siente uno inspirado siempre á hacer preguntas insignificantes, bien para entrar en conversacion, bien para engañar el deseo que devora.

— ¡Ah! dijo Abel temblando, nos acercamos ya á la selva: acabad de referirme lo que pasa en el imperio de las hechiceras, porque encuentro tanto placer en oiros como le experimentaba en otro tiempo oyendo hablar á mi madre...

— Querido mio, contestó con viva emocion, cuanto mas os instruya acerca del imperio de las hechiceras, mas dignos de lástima os parecerán sus habitantes. Por ejemplo, ¿creeis que el casamiento de una hechicera con un encantador se verifica como vos imaginais, que debe celebrarse la union de dos corazones?... Vamos á ver, Abel, ¿qué pensais del amor? ¿No os ha

revelado nada acerca del particular vuestra alma pura?

— ¡ Ah ! dijo Abel, el amor es la fusion de dos almas en una sola: es una simpatía que reúne dos corazones de tal modo, que el uno no experimenta un sentimiento, sin que el otro no participe de él : es..... pero no, este sentimiento pierde mucho en ser explicado, porque experimento cierta cosa tan inmensa que me confunde, y conozco tambien que el lenguaje humano no es suficiente; en fin, imagino (para procurar decir algo que pueda revelar mi pensamiento) que cuando uno ama se apodera el amor de todo nuestro sér, de modo que solo él existe en nosotros, lo mismo que cuando se halla uno en el Océano en un barco y que no ve mas que el cielo y el agua que se confunden.

— Abel, replicó la hechicera, en nuestro

imperio no se ocupa nadie de los sentimientos; luego que un encantador tiene una hechicerilla casadera empieza por adornarla con mas esmero y luego se averigua cuántos lacayos y esclavos puede sostener su familia; pero sobre todo se examina con particular cuidado el peso de la varita de la familia, y si es de diamantes, de oro, plata, cobre ó hierro.

Hechas estas importantes observaciones, el padre y la madre aconsejan á la hija repetidamente con discursos que equivalen á esto: Hija mia, tienes diez y ocho años, y es una vergüenza no estar casada á los veinte; procura pues tender tus redes y atrapar un marido; quizás el año será bueno; pero, en atencion á que tenemos dos hipógrifos en nuestro carro, á que nuestra varita de familia pesa treinta quintales, y á que es del oro mas puro, necesitas

un encantador que tenga una varita digna de la tuya. No serás virtuosa, ni digna de vivir, si no encuentras un encantador que tenga dos hipógrifos; contamos quinientos años de antigüedad en el imperio de las hechiceras, y por lo mismo se hace indispensable que tu marido pertenezca á una raza igual á la nuestra... ¡guárdate bien de fijarte en los genios! Consérvate para el que te guste con tal que tenga una hermosa varita y que su familia cuente cuando menos cuatrocientos años de fecha en el reino...

Esto supuesto, una mañana ó una noche, la hora no hace al caso, conduce el padre por la mano á un encantador, y cuando ha estado por espacio de una ó de dos horas al lado de su hija, y despues de haberse marchado, la madre, á una seña del padre, dice á la hechicera: Hija mia,

este encantador es jorobado, bien formado, feo ú hermoso, esto importa poco; este encantador, hija mia, tiene cuatro hipógri-fos en su carro y posee una varita de dia-mantes: mañana volverá, procura agradar-le, porque es preciso que sea tu marido...

Entonces la hechicerilla, que es curiosa y que quiere saber por qué se la casa, no repara en pelillos. Ignorando lo que cons-tituye la felicidad ó la desgracia, consien-te porque no puede pasar por otro punto; y á los quince dias es la esposa del encan-tador porque tiene una varita de diaman-tes. Será feliz si el carácter del encantador es bueno, y desgraciada en el caso contra-rio, pero esto á nadie importa; las varitas son de la misma clase, que es lo esencial. Por eso las hechiceras casi siempre son desgraciadas...

Para vengarse se revolucionan contra

su marido : cuanto hace está mal hecho: si tienen buenas cualidades las desconocen, mas siempre tiene algun pero, algun vicio que las incomoda , y este vicio equivale á esto : Es un marido.

El encantador por su parte no puede amar á su hechicera, porque siempre es la *misma hechicera*, y porque no tiene el talento, como hacen algunas otras, de transformarse de mil maneras, de modo que ofrecen mil hechiceras en una sola ; de lo que resulta que la mayor parte de los matrimonios son desgraciados.

—Y vos, preguntó de pronto Abel, ¿sois feliz ó desgraciada? Teneis una hermosa varita; ¿de quién la habeis recibido?

—De un encantador á quien quise entranablemente... dijo, y las lágrimas se le asomaron á los ojos. Estuve casada, ha muerto mi encantador, y he sido muy

desgraciada... dia vendrá en que os cuente mi infortunio; básteos saber que soy libre y una de las mas poderosas y mas ricas de todas las hechiceras...

Hallábanse ya en el confin de la selva; la *Hechicera de las Perlas* se soltó dulcemente de Abel, y con un gesto le prohibió que le siguiera; ella desapareció dejando al jóven dominado por un delirio. En efecto, acababa de verla por la mañana, acaso mas hermosa aun que cuando se le presentó por la noche rodeada del prestigio de su poder. Habíase mostrado en un traje elegante y sencillo; habia hecho ostentacion de su talento y sus gracias; su fino y delicado talle, la hermosura de su rostro, el encanto de su alma pura, todo se habia desplegado con una viveza, con una plenitud que le habian embriagado.

—¡Ah! ¡yo la amo!... exclamó despues de

haber escuchado largo rato el ruido lejano del carro que llevaba á la hechicera; estoy seguro de que mi homenaje no le desagradará!... ¡Ay de mí! ¿Tendré nunca la pureza de alma, de deseo y de pensamiento digna de esa criatura de los cielos?... Toda la dulzura de la naturaleza se halla concentrada en sus ojos, y sus ojos parecen un débil velo á través del cual se vé su alma!... ¿qué haré para merecerla?... ¿y me amaré?...

Tales fueron sus pensamientos al volver á paso lento á la cabaña; el recuerdo de esta encantadora mañana se grababa para siempre en su corazón, porque nunca debía olvidar las menores palabras ni los menores gestos de la hechicera, como tampoco el aspecto que presentaba el cielo durante su conversacion.

Abel, al acercarse á su cabaña, oyó gri-

tos descompasados de alegría, carcajadas estrepitosas, ruido de platos y botellas; apresuróse á entrar por el jardín. Encontró á Caliban sentado en un taburete á una mesa cubierta de despojos de multitud de manjares; el antiguo criado estaba embriagado; con una mano tenia una botella, con la otra un vaso y cantaba con toda la fuerza de sus pulmones. Abel solo pudo sacar en limpio que por la mañana habia ido á frotar la lámpara en la piedra encantada, que habia pedido al genio un espléndido banquete, y que en menos de dos horas le habia sido servido por la gente de la hechicera. Abel dejó al pobre Caliban en medio de sus botellas, y este viejo criado con perder la razon no perdió gran cosa.

---

X.

CATALINA.

---

Mientras que estos acontecimientos tenían lugar en la cabaña del alquimista, la aldea estaba en revolucion; y no sería fácil dar una idea completa de lo que en ella pasaba, si no se introdujera al lector en la casa del señor Grandvani, padre de la hermosa Catalina.

La aldea de la que formaba parte esta

casa no tenia mas que una calle torcida, obedeciendo de este modo á la ley que quiere que ninguna cosa humana vaya derecha; todas las cabañas tenian su jardinito, su corral lleno de paja, su establo, y finalmente su trascorral; todas contenian aldeanos laboriosos, pobres, pero con la misma dosis de felicidad y desgracia que los habitantes de las ciudades, con la diferencia de que sus deseos eran mas sencillos. En la mitad de la calle se elevaba la iglesia, que en poco se diferenciaba de las otras habitaciones, provista de un campanario, historiador veridico que presidia á la vida y á la muerte como á todas las ocupaciones de los habitantes. Delante de la iglesia sencilla y sin fausto, una plaza rodeada de grandes olmos veia todos los domingos bailar á una multitud de jóvenes, oia las grandes risotadas escitadas

por el vino, único amor de los ancianos; allí la fama y la opinion pública levantaban sus caballetes como en otras partes, con la diferencia que eran de madera sin pulimentar.

En esta plaza habia una casa algo menos humilde que las demás; tenia piso principal adornado con tres ventanas y persianas verdes; la puerta estaba pintada con esmero, y encima de ella se leia *Alcaldia*, sin faltas de ortografía, porque esta palabra sacramental se habia escrito con el auxilio del *Boletín de las leyes*. A cada lado de la puerta se elevaba un rosal rodeado de un enrejado verde, y estos dos arbustos cargados de rosas llegaban á las persianas de la habitacion de la encantadora Catalina.

Esta casa era la única, esceptuando la del cura, que estaba cubierta de tejas en-

carnadas y que tenía un gran granero en el que se podía tender y secar el percal que levantaba el seno de Catalina y la corbata del alcalde.

Al entrar en esta casa se reconocía al instante la presencia de una jóven, porque la limpieza mas esmerada era la única cosa que decoraba la antigua escalera que se ofrecia á la vista. A un lado estaba la cocina con su larga chimenea y sus negras baldosas; el arca del pan, el armario de las provisiones, la sarten colgada y la mesa, todo estaba limpio, y no habia una sola araña que pudiese escuchar el ruido melancólico de las gotas que se escapaban lentamente del aguamanil que adornaba uno de los ángulos de la sala.

En el otro lado estaba la habitacion de Grandvani: en el fondo se veia la cama colgada de raso verde; encima de la chi-

menea habia un espejo de cuyo lado estaba colgado el calendario del año, y en el opuesto una mala estampa que representaba la *muerte del pobre Crédito*, asesinado por los pintores, los músicos, los autores, los actores, los agiotistas, con una larga historia que comentaba esta trágica aventura; pero el dibujante, en la imposibilidad de presentar á los gobiernos bajo una forma material, porque cambian con demasiada frecuencia, habia omitido una parte de los asesinos del pobre *Crédito*.

Enfrente de la chimenea se encontraba una gran caja que contenia la péndola de un reloj de música encima de la cual habia la estatua de un animal, cuyo dorado se iba borrando; el papel que decoraba la pared estaba cargado de esos pájaros que cantan y os miran sin cesar del mismo

modo, lo que no hacen las personas de categoría y los amigos.

La ventana estaba adornada con dos cortinas de indiana floreada, y junto á ella habia una silla permanente delante de una mesita de labor, en la que unas tijeras, un dedal, cera, hilo y un cuello á medio bordar indicaban el sitio habitual de Catalina : en él se coloca, porque desde él ve cuanto pasa en la plaza. Antes de conocer á Abel, veía venir desde lejos al sargento Jacobo Bontemps, y su padre conocia cuando se acercaba viendo á Catalina que iba á besarle; porque no se atrevia á confesar que iba á mirarse en el espejo á fin de ver si los bucles de sus cabellos estaban bien hechos; se sonrojaba, escuchaba y corria á abrir la puerta despues de haber colocado una silla al lado de su padre.

Grandvani estaba sentado al lado de la

lumbre, en un gran sillón de terciopelo de Utrecht cuyo color primitivo no se distinguía ya; pero es de creer que fuese amarillo en otro tiempo, en atención á que estaba casi blanco de puro usado, y que solo el amarillo se vuelve blanco. Este anciano siempre con pantalón y medias negras, con un frac azul con grandes botones de metal, y con un gorro gris en forma de pastel, como los que usan los mayores de la diligencia, este anciano, hombre de bien y jovial, aunque algo avaro, amaba el vino, pero mucho más á su hija, y mandaba en el país, del cual era el gallo, como los autócratas de Oriente, es decir, que salía pocas veces, y su ocupación favorita era charlar y leer. A su lado tenía una mesa en la que yacían los registros de la alcaldía, un tintero, algunas plumas y el sello, signo de su poder; en fin, una biblia

con estampas, y las leyes y reales órdenes que le mandaban, y de las que sacaba los principios de su conducta, procurando adivinar los del gobierno con el poderoso auxilio de Jacobo Bontemps, de lo que resultaba que eran dos á estraviarse en este complicado laberinto.

Con frecuencia reinaba el silencio, y la péndola del reloj era la única que hablaba, sobre todo desde que Catalina amaba á Abel.

Una mesa de nogal que habia servido en mas de una fiesta, sillas con almohadones de percal, sillones antiguos, y encima de la chimenea, delante del espejo, una Virgen de yeso teniendo á su hijo en brazos cubierto con un poco de carmin, un retrato de yeso del rey y un busto de Bonaparte, constituian los muebles de esta morada de la paz y de la tranquilidad.

Delante de esta chimenea y en presencia de Grandvani se vaciaban todas las que-rellas de la aldea; era el rey de ella y no tenia mas ministros que el cura y el sargento, ambos hombres arreglados y nada amantes de las intervenciones, revoluciones, destituciones, conspiraciones, ni de las reconciliaciones verdaderas ó fingidas.

Este salon de paz respiraba una felicidad campestre y una calma que complacia el alma; pero hubiera parecido el paraiso á quien hubiese visto á la encantadora Catalina sentada en una silla, ocupada en coser, dulcemente pensativa y mirando á su padre con un cariño angelical y un placer puro; apartando algunas veces los bucles de sus cabellos de su blanca frente radiante de inocencia, y levantándose para sacudir algunos granos de polvo,

única cosa que podía aborrecer en el mundo. Tal era en otro tiempo, sencilla, risueña, vivaracha, pero inocente y casta, escuchándolo todo con una curiosidad de virgen, y sonriéndose cuando no comprendía alguna cosa; pero en el momento que vamos á describir, si bien es cierto que los muebles, la habitacion y el buen Grandvani no habian mudado en nada, tampoco lo es menos que la pobre jóven no era ya la misma.

Una lámpara está colocada encima de la chimenea, Grandvani se halla medio dormido en su poltrona, Catalina borda un pañuelo de muselina á la rojiza luz del astro diurno que brilla en esta modesta habitacion; Francisca, la criada, metida en un rincon da vueltas á su huso é hila en silencio. La pobre Catalina, que en otro tiempo hablaba á diestro y á siniestro

acerca de lo que pasaba en la aldea y que hacia para con su padre el oficio de una gaceta y le impedia dormir despues de comer, Catalina guarda un profundo silencio, hasta, acerca del acontecimiento que tiene sorprendida la aldea, y cuyo rumor no ha pasado todavía el umbral de la casa del alcalde; sin embargo Catalina conoce el hecho, puesto que ha sido una de las actrices y que ha visto con sus propios ojos lo que asombra á toda la aldea; sí, pero Catalina es muda, deja dormir á su padre, que procura conservar por mucho tiempo su caja, la que al fin se escapa de entre sus dedos; Catalina borda lentamente, detiénese con frecuencia, levanta los ojos, cree ver una imágen querida y se complace en esta contemplacion.

La pobre niña ama, ama con el alma, en ello no toman parte alguna sus sentidos;

quisiera oír siempre aquella dulce voz que habla de encantamientos y de hechicerías, quisiera confundir su alma con la del que le parece todo hermosura, todo amor.

El silencio reina de tal modo en la habitación, que se pueden contar los movimientos del reloj y de la rueca de Francisca; de pronto llaman á la puerta y se oyen muchas voces, entre las que se distingue la de Jacobo Bontemps. Catalina no se levanta ya precipitadamente, ya no es ella la que corre á abrir la puerta, ya no se mira en el espejo circundado con un marco negro de madera; no, se queda inmóvil, las lágrimas empañan el cristal de sus ojos, y Francisca es la que se levanta y va á abrir la puerta; este ruido desp'erta á Grandvani.

El padre de Antonio y el sargento entran y su continente anuncia que acaba de

tener lugar un acontecimiento extraordinario.

— Buenos días, señor alcalde, dijo el gordo arrendatario sentándose al lado de Grandvani.

—¿Qué tal va, señor Grandvani? dijo el coracero sacudiendo la mano del padre de Catalina. Y vos, señorita, añadió dirigiéndose á la jóven, no reconocéis ya á vuestros amigos, porque hace mucho tiempo que no venís á abrir... ¡Bien conocia yo á través de la puerta cuando erais vos! Cantabais con tanto primor una cancioncilla... Nada contestó Catalina, y Jacobo Bontemps la miró con sorpresa.

—Señor alcalde, dijo el gordo arrendatario dando vueltas al sombrero entre sus manos; me trae aquí un asunto de importancia; la señorita Catalina os le habrá indicado sin duda, porque en la aldea no

hay un muchacho que no hable del particular.

—¿De qué se trata? preguntó Grandvani; yo nada sé... Francisca, tráenos una botella de vino para humedecer la garganta.

—Que bien lo necesita, añadió el soldado.

—Figuraos, prosiguió el arrendatario, que esa Julia que queria casarse con mi hijo se ha retirado esta noche á su casa con veinte mil francos en oro.

—¡Ba!... dijo Grandvani abriendo tanto ojo, ¿y de dónde los ha sacado?

—¡Ah! toma... añadió Jacobo Bontemps; hay quien dice, como estaba *endiablada* por Antonio, y como no tenia un cuarto, y como... vamos al decir... que habrá saqueado á alguno; porque una jóven que ama es peor que un regimiento de granaderos...

Catalina se ruborizó é interrumpió bruscamente al coracero, exclamando:—¡Es una infamia acusar á la pobre Julia de una accion tan vill... Cómo quereis que siendo tan hermosa, tan amable, tan bondadosa...

—¡Ah! vos sabeis algo, dijo el arrendatario, porque toda la aldea dice que la habeis ayudado á llevar á su casa el saco de oro...

—Es cierto, contestó Catalina.

—Señor Grandvani, exclamó el coracero, mirad á vuestra hija... cómo se pone colorada...

Grandvani, mirando á su hija, le dijo con severidad:—Catalina, ¿qué significa ese misterio? ¿qué ha sucedido? ¿Has sido tú la que abrió la puerta anoche á las diez? Cref que era Francisca... y procuraba ya averiguar quién era su amante.

—Sí señor, fui yo.

A estas palabras dejó Grandvani el vaso en la mesa, Francisca arrimó la rueca á la pared, el coracero acarició sus bigotes, el arrendatario no dió mas vueltas al sombrero, y los cuatro se quedaron inmóviles, con los ojos clavados en Catalina y la boca abierta. La infeliz muchacha, mirando al arrendatario, le dijo :

—¿Supongo, señor Verniaud, que vais á hacer feliz á vuestro hijo, puesto que Julia es rica, y que venís aquí para llenar las formalidades?

—Suponeis muy mal, señorita, replicó el arrendatario; hasta que yo sepa de dónde ha sacado Julia los veinte mil francos, no daré el consentimiento.

—Vamos, hija mia, dinos cómo se ha proporcionado ese dinero.

Entonces Catalina, mudando mil veces

de color, refirió la aparición del genio de la lámpara luego que un hermoso jóven la frotaba en una piedra encantada. Dijo cuanto sabia acerca del hijo del alquimista, y sus inocentes elogios, su candidez, irritaron la bilis de Jacobo Bontemps, que exclamó :

— ¡Por vida del emperador!... ¡Ya estoy al cabo de la calle! ese reclutilla es algun espíritu foletto que no ha hecho mas que pagar lo que quitaba... ¡Por el cañon de mi pipa! Vos no sereis el abuelo del hijo de vuestro hijo, señor Verniaud, porque esta magia oculta alguna farsa, y yo os digo que la señorita Catalina os hace la mamola. ¡Una lámpara que brota genios que tienen escudos! á otro perro con ese hueso...

— He dicho la verdad, replicó Catalina; yo he visto lo que he contado, y no com-

prendo lo que el señor Bontemps ha querido decir respecto á Julia.

— Sé que antes de la revolucion, dijo el alcalde, tenia esta cabaña una chimenea como la de una fragua, y cuando estuve en ella, por órden del señor cura, ví unos demonios muy feos, pero bien podria ser que se hubiese fabricado moneda falsa en ella.

La idea de Grandvani fue acogida como una realidad, y enviaron inmediatamente á Francisca á que buscára á Julia.

Esta se presentó : Antonio la acompañaba dándole la mano; la mas pura felicidad animaba sus ojos, sus movimientos, su continente. No pronunciaban una sola palabra sin consultarse antes con la vista, no dejaban de mirarse ni un solo minuto, y temían que les faltára tiempo para mirarse. Antonio, alto, robusto; Julia débil, delicada y hermosa, estaban allí delante

del alcalde como un modelo, como una imagen eterna de una union venturosa.

— Veamos, dijo el alcalde, una de las monedas de oro de vuestro dote?.....

Julia tiró una encima de la mesa, y todo el mundo la hizo sonar en la chimenea, y siempre produjo ese puro sonido, á cuyo ruido caen las conciencias de los hombres y las murallas de las ciudades, tras del cual corre todo el mundo.

— ¡Es particular!..... exclamó Grandvani, convencido de que la moneda era buena.

— Vamos, dijo el arrendatario, temiendo ya que se le escaparan los veinte mil francos; una vez que la señorita Catalina ha presenciado el hecho, Antonio se casará con Julia; y será un gran bien para la aldea, si se puede conseguir todo lo que se desee por medio de la lámpara.

En toda la aldea solo se ocupaban de *la lámpara maravillosa*, y todo el mundo dirigió á la cabaña sus envidiosas miradas: los unos dudaban de la certeza de tan extraña aventura; los otros, al ver á Julia con su dote, deseaban que les sucediese otro tanto; en fin, todos anhelaban conocer al hermoso habitante de la cabaña del demonio. En medio de todas estas circunstancias, produjo un contento general el feliz desenlace de los amores de Julia y Antonio, y todas las mañanas las jóvenes de la aldea colocaban una flor en los bandos fijados en la puerta del alcalde.

Catalina veía estas cintas y estas flores, y todos los días escitaban un verdadero sentimiento en el fondo de su corazón, porque la felicidad de Julia le hacía comparar su suerte con la suya, y esta comparación era para ella muy cruel.

Algunos dias despues de esta escena fué á buscar á Julia y le dijo.

— ¡Tú eres feliz!..... querida mia, yo he heredado toda tu desgracia! amo á tu bienhechor; te suplico que me ayudes á ser la única que pueda ir á la cabaña de la colina; tú ves que todos en la aldea hablan de ir á ella para verle á él y su lámpara, porque desean mas examinar su lámpara que él. Le importunarán y verá otras mujeres! ¿no me basta ya tener por rival á su hechicera? ayúdame pues, querida Julia, y publiquemos que ha dicho que no quiere entenderse mas que con la una de las dos; y tú cuidarás si alguien desea alguna cosa de enviármele siempre á mí.

Al oir este discurso mezclado de lágrimas, Julia consintió en todo, pero suplicó á Catalina que se empeñara con el hermo-

so desconocido para que asistiera á su boda y presenciara la felicidad que era obra suya.

Cuando se estendió por la aldea esta singular voluntad, Jacobo Bontemps, reflexionando acerca del cambio que habia observado en la conducta de Catalina, empezó á sospechar alguna *emboscada*; tal fué su espresion, y se propuso descubrir el secreto de esta misteriosa aventura.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

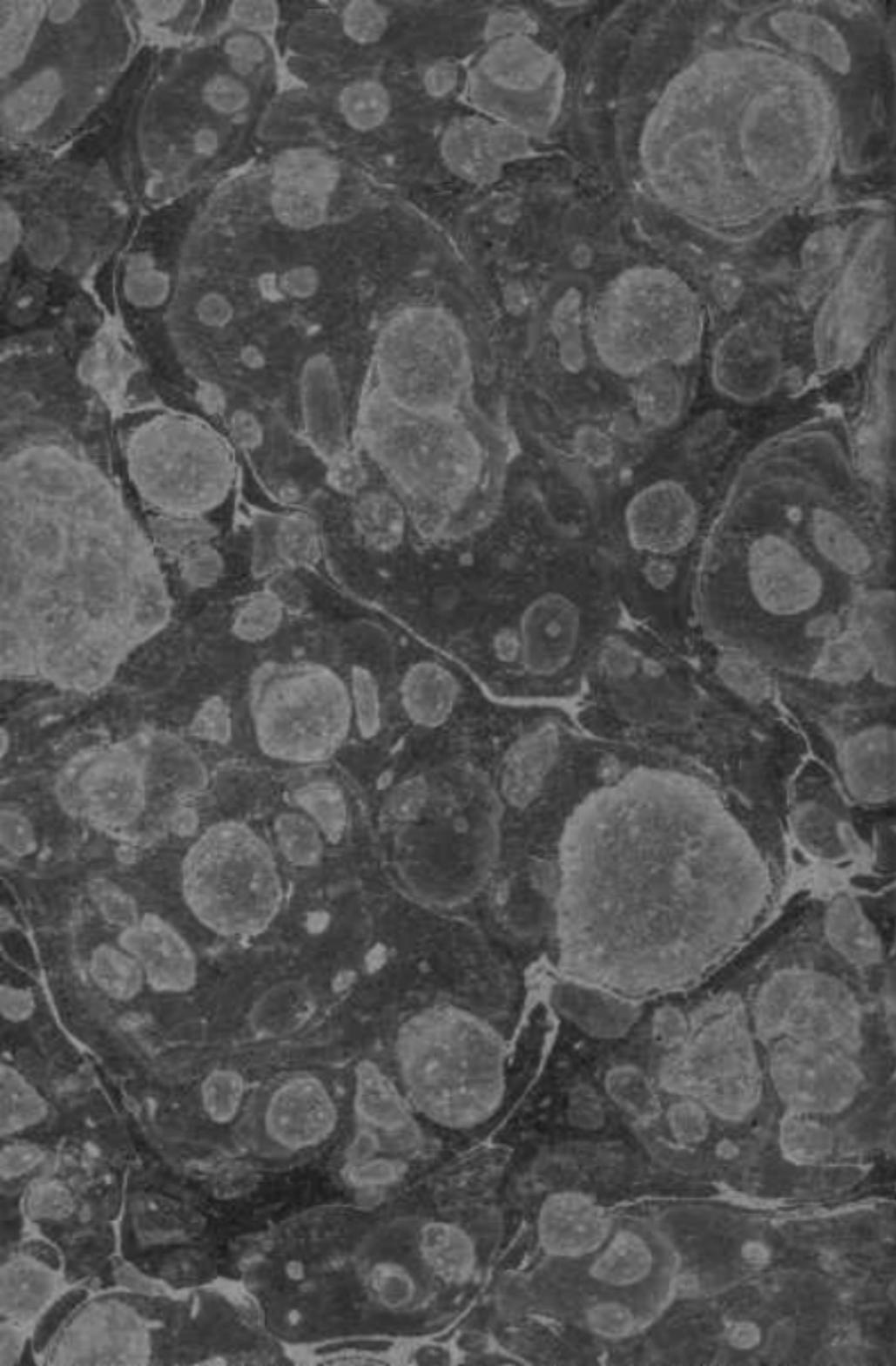












Biblioteca Pública de Soria



71676058 DR 10155 (V.1)





LA  
ULTIMA  
HECHICER

DR  
10155